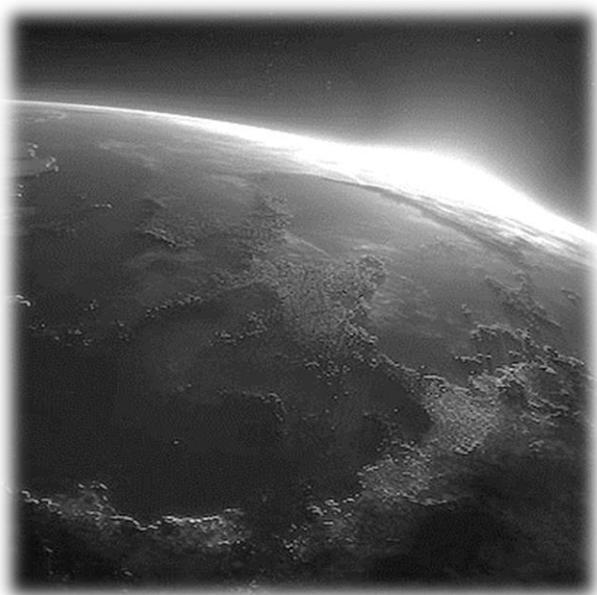




EL DÍA DE LA DEPENDENCIA

OSVALDO REBOLLEDA

EL DÍA DE LA DEPENDENCIA



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Edith del Carmen Saldivia**

CAP - Centro de Adoración Patagónica (Sarmiento)

iseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
La dependencia y el entendimiento.....	9
Capítulo dos:	
Golpe de estado a la independencia.....	23
Capítulo tres:	
Dependencia profunda.....	37
Capítulo cuatro:	
Dependencia sana y sin abusos.....	51
Capítulo cinco:	
Dependencia para la santidad.....	64
Capítulo seis:	
Dependencia financiera.....	78

Capítulo siete:

Fe es dependencia.....91

Reconocimientos.....103

Sobre el autor.....105



INTRODUCCIÓN

“Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, Y la verdad os hará libres”.

Juan 8:31 y 32

Cuando las personas crecen, buscan ansiosas el día de la independencia personal, y eso es replicado en todos los avances de la vida, en la independencia económica, sentimental, educativa, o laboral. Los seres humanos desde siempre han buscado ser libres, y eso está bien, porque Dios también pretende lo mismo. El problema es que no llegamos a entender lo que significa una libertad verdadera.

Los conflictos por la libertad, surgen cuando no podemos comprender su dinámica, porque libertad no es hacer lo que deseamos, libertad es hacer las cosas correctas, y es ahí, donde muchas personas entran en las encrucijadas de la vida, entre lo que desean y lo que es correcto, porque la gran pregunta para todos ellos es: ¿Qué es exactamente hacer lo correcto? O más bien, ¿Quién puede determinar lo que es correcto y lo que no?

Es cierto que el título de este libro, es un juego de palabras basado en una popular película, pero la intención no es jugar, sino desafiar el pensamiento general; porque la gran lucha de la humanidad es la obtención de la independencia,

como la más gran de bandera de la libertad, incluso para cualquier nación de la tierra. Sin embargo, mi planteo es que las personas encuentran su verdadera libertad, solo cuando reciben la gracia de Dios y se sujetan voluntariamente a Su gobierno.

Entiendo perfectamente que la gran mayoría de las personas, no pueden ver esta realidad, pero este no es un libro que persiga la intención de evangelizar. Principalmente, deseo dirigirme a los hijos de la Luz, porque nosotros no tenemos excusa respecto de la libertad. Que el mundo camine en dirección equivocada tiene su lógica en el gobierno de las tinieblas, pero nosotros debemos operar bajo el gobierno de la verdad.

Si nosotros, avanzamos en el conocimiento de la Palabra, no podemos buscar independencia, porque en el Reino de Dios es al revés, la búsqueda de la dependencia divina, es lo que nos permitirá recibir la verdad, y la verdad es la que nos hará cada vez más libres. No hay verdadera libertad para los que viven desvinculados de Dios. Su gobierno es nuestra libertad, por eso, cuando más dependencia busquemos, mayor libertad tendremos, y por lógica, mayor capacidad de gestión.

El mundo está como está, justamente por la libertad malentendida, y es tiempo que nosotros, los hijos de Dios, busquemos más que nunca la dependencia del Padre, porque para eso nos ha dado el Espíritu Santo, y nos ha metido en la persona de Cristo. Es justamente en Él, que podemos

encontrar el camino de la dependencia, porque Él evidenció la unidad con el Padre a través de Su obediencia. Si queremos vivir plenamente en Él, no hay lugar para la independencia personal.

El haber recibido la gracia de Dios, es haber recibido a Cristo, porque Cristo es la gracia misma. Acudir a cualquier otra cosa en busca de plenitud de vida, es una evidencia de ignorancia respecto de los alcances del Pacto. Acudir a cualquier otro medio para la superación personal, como el proponernos, guardar parte de la Ley, duplicar nuestro compromiso con la obra, o esforzarnos en aumentar nuestra disciplina, puede ser una desgracia, si es que no hacemos todo, en dependencia del Espíritu Santo.

En este libro, desarrollo cuidadosamente los motivos de la gracia que implica vivir en Cristo, y el poder de la dependencia hacia el Espíritu Santo. Hoy es el día de la dependencia, no después de la muerte, como pretenden los que enseñan, que al Reino entramos, solo después de morir.

Hoy es el día de la dependencia para la Iglesia. El mundo solo entenderá esto, en la segunda venida de Cristo, pero sería una gran pérdida para nosotros, que no pudiéramos comprenderlo en este tiempo. No podemos enseñar que el Reino será establecido cuando venga el Rey, para nosotros ya fue establecido Su Reino, ya vino el Señor, ya lo reconocemos como Rey, ya hemos sido trasladados a Su dominio, es por eso que debemos manifestar esta verdad.

No se debe enseñar a la Iglesia, que viviremos Reino solo cuando venga el Señor, eso es como decir que nos gobernará cuando venga, y hasta entonces debemos gobernarlos solos. Es claro que, con Su venida, llegará lo perfecto para nosotros, y que el mundo experimentará Su juicio y Su poder, pero hoy, debemos asumir que ya hemos recibido las arras de nuestra herencia, y en la medida de lo posible, debemos manifestar ese privilegio.

Este libro nos enseña, que este es el tiempo de que los hijos de Dios, dejemos de lado los movimientos independientes, y busquemos de corazón la dependencia del Padre. En cada capítulo, analizo los motivos y los beneficios de esa dependencia, de tal manera, que estoy persuadido que después de su lectura, nadie insistirá en buscar la independencia para su vida, sino que todos los hijos de Dios, avanzaremos hacia la libertad propuesta por la dependencia del gobierno del Señor.

“Que Dios nuestro Padre y el Señor Jesucristo les concedan gracia y paz. Jesucristo dio su vida por nuestros pecados para rescatarnos de este mundo malvado, según la voluntad de nuestro Dios y Padre, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén”.

Gálatas 1:3 al 5 NVI



Capítulo uno

LA DEPENDENCIA Y EL ENTENDIMIENTO

“Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido”.

1 Corintios 2:11 y 12

Millones de personas en el mundo, viven en tinieblas y en valles de sombras de muerte, muchos de ellos, nos rodean a diario, los vemos ir y venir de un lado a otro, y no conocemos sus vidas, pero sabemos que caminan padeciendo un profundo vacío en sus corazones, como el que alguna vez, padecemos muchos de nosotros. Ciertamente, algunos son conocidos, incluso amigos o familiares, y nos duele mucho verlos, porque sabemos que sufren de esa condición.

Por supuesto, quienes viven en esas tinieblas, no suelen detectar esto de manera espiritual, incluso, puede que se vean muy bien, porque en realidad, son sus almas las que padecen la esclavitud de las tinieblas. Esa condición les acechará constantemente, y una vez acabada la vida física, el alma eterna de cada uno, se desprenderá del cuerpo al que nunca volverá, y descenderá a las profundidades de la oscuridad.

Los cuerpos físicos están en un constante proceso de muerte, pero no son los cuerpos los que padecerán las tinieblas eternas, ellos solo volverán al polvo. Son las almas de quienes no han recibido la gracia del Señor, las que padecerán el tormento. Además, estando sin vida espiritual, las almas yacen confundidas, y en profundos laberintos de razones y sentimientos que no hacen más que añadir dolor, a la fría soledad de las frustraciones silenciadas.

El salmista Asaf escribió: *“No saben, no entienden, andan en tinieblas; tiemblan todos los cimientos de la tierra”* (Salmo 82:5). Cuando tiemblan los cimientos, es porque toda la estructura social de este mundo, se puede caer, y ciertamente está cayendo en el profundo pozo de la autodestrucción. Una de las traducciones del hebreo antiguo de la palabra tinieblas, es ignorancia, y es precisamente eso lo que padecen aquellos que viven sin luz.

La luz espiritual, de la que hago referencia, es la esencia de Dios, porque se produce desde Su vida misma. Juan escribió en su evangelio que en Cristo está la vida y que

la vida es la luz de los hombres (**Juan 1:4**). Cuando nos alcanza Su vida, nos alcanza la luz, y cuando recibimos esa nueva vida que produce luz, podemos ver y entender. Eso fue precisamente lo que Jesús trató de explicarle al maestro Nicodemo (**Juan 3:3**).

Lamentablemente, hoy en día, muchos cristianos evidencian una gran carencia con respecto al conocimiento de las verdades eternas. En realidad, muchos conocen la Biblia, pero el entendimiento que tienen de las verdades del Reino es muy superficial. Si la luz es el resultado de la vida, ningún cristiano debería procurar el estudio de la Biblia, sin la dependencia absoluta en el Espíritu del Señor.

Pablo escribió que toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra (**2 Ti 3:16 y 17**), esto es muy trascendente, y creo que ningún cristiano lo desconoce.

Lo extraño es que, sabiendo que el autor de la Biblia es el Señor, algunos se empeñen en estudiarla sin su supervisión. El que inspiró a cada hombre que tomó la pluma, en diferente tiempo, lugar y cultura, fue nada menos que el Espíritu Santo, lo cual, para nosotros, no debería ser un dato menor. A la hora de estudiarla, contamos con el privilegio de acceder al autor, y creo que no deberíamos ignorar eso, ni por un segundo.

Pablo dijo que nadie conoce los pensamientos de un hombre, mejor que su propio espíritu, y que en el caso de Dios ocurre exactamente lo mismo, por lo que se deleita en aclararnos que nosotros, no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido (**1 Corintios 2:11 y 12**).

El apóstol Pablo, no estaba hablando a los hermanos de Corinto sobre el conocimiento de la Biblia, sino del corazón de Dios. De hecho, Pablo siempre reconoció que no se salvó por las Escrituras, sino por la soberana revelación del autor de la misma. Incluso, fue muy evidente que, con todo el conocimiento que tenía de las Escrituras, estaba actuando como enemigo de Dios, llegando además, a interpretar que lo estaba sirviendo fielmente.

Pablo también dijo que la letra produce muerte, pero que el problema no eran las Escrituras, sino el estudiarlas sin depender de la supervisión del autor, que es quien debe vivificarlas previamente (**2 Corintios 3:6**). Lo que el apóstol enseñaba es que nadie puede conocer lo que Dios desea realmente en su corazón, sin acercarse a las Escrituras a través del Espíritu Santo.

Por ejemplo, todo el mundo conoce quién es el futbolista Leonel Messi, pero la mayoría de nosotros no tenemos una relación personal con él. Esto implica que no conocemos sobre sus deseos más íntimos, ni lo que piensa de la vida, ni lo que verdaderamente cree. Lo más que sabemos,

es lo que puede haber contado en algún reportaje periodístico, pero en realidad no lo conocemos. Quien seguramente lo conoce de verdad, es su esposa Antonella, quien vive con él hace muchos años, aun desde que ambos eran muy jovencitos.

Lo que quiero decir, es que de la misma forma, nosotros podemos leer todo respecto de Dios en la Biblia, pero no debemos ignorar que entre las personas, relación produce revelación; y nosotros con Dios, no solo podemos tener una relación, sino que somos llamados a disfrutar de una íntima comunión con Él, lo cual es mucho más profundo y revelador. Por eso Pablo, no dice que lo podemos conocer por escuchar predicaciones, sino porque hemos recibido Su Espíritu.

Nadie conoce los pensamientos de Dios, sino solo Su Espíritu Santo, pero Él nos ha dado ese Espíritu para que nosotros podamos acceder a esos pensamientos. ¿No es emocionante y extraordinario? A través de la comunión con el Espíritu de Dios, ahora podemos tener intimidad con el Creador a un nivel espiritual, profundo y revelador.

Nosotros podemos ir a las reuniones de culto, podemos cantar canciones, o hacer largas oraciones, pero eso no significa que toquemos la presencia del Señor. Cuando tocamos Su presencia, recibimos luz, y eso no puede ser explicado, solo puede ser experimentado. Podemos esforzarnos en tratar de explicar a un no vidente lo que realmente es la luz, pero es en vano que lo intentemos. Tal

vez, podamos despertar su imaginación, pero la verdad que proviene de la luz, solo puede ser experimentada.

Jesús dijo, que Juan el bautista era una antorcha que ardía y alumbraba; y que muchos quisieron regocijarse por un tiempo en su luz, pero que Juan solo era una luz enviada por el Padre para dar testimonio de Él (**Juan 5:35 y 36**). Los judíos no entendían eso, y en lugar de acercarse a Jesús, lo rechazaban, por eso no pudieron ser iluminados, porque Él era la Luz verdadera. Si alguien rechaza a Jesús, rechaza la vida, y Su vida es la única Luz espiritual para todas las personas.

Pablo nunca anduvo con Jesús físicamente; de hecho, andaba persiguiendo a todos aquellos que habían creído en Él. Sin embargo, camino a Damasco, la vida lo alcanzó, y aunque lo dejó ciego físicamente por unos días, la luz del evangelio del Reino, comenzó a ser una realidad en él; es por eso que, siendo ya un apóstol escribió:

“Más os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo”

Gálatas 1:11 y 12

Mientras que Pablo recibió a Jesucristo por revelación, Judas estuvo con Jesús durante tres años, pero nunca le abrió su corazón con honestidad. Estuvo compartiendo momentos con la verdad y con la vida, durante unos tres años, y aun así,

terminó engañado por la mentira de los religiosos, y ahorcado en la rama de un árbol. Judas estuvo tan cerca de la vida, que llegó a comer de su plato, pero nunca recibió la luz, porque solo se conectó de manera superficial.

Hoy en día, hay hermanos que pueden estudiar la Biblia con mucha abnegación, y está bien. Incluso puede que se gradúen en estudios teológicos, pero si no procuran hacerlo bajo la dependencia de la vida, no recibirán la luz necesaria para el verdadero entendimiento de la voluntad divina.

¿Podemos conocer la Biblia y desconocer la voluntad divina? Sí, claro, eso fue exactamente lo que le ocurrió a los escribas, a los maestros, a los doctores y a los intérpretes de la Ley. Todos ellos eran profundos conocedores de la letra, pero superficiales en el conocimiento de quién realmente era Jesús, el hijo del carpintero.

Al rechazar la vida, no pudieron recibir la luz, y sin luz nadie puede ver la verdad, lo cual también hace imposible el acceso a la libertad (**Juan 8:32**). Eso era lo que le estaba ocurriendo a Saulo de Tarso, por eso él siempre exaltó la gracia recibida camino a Damasco, porque la vida que recibió, fue la misma que lo convirtió en el apóstol Pablo, y la luz que lo derribó por tierra, fue la misma que le permitió entender tal realidad espiritual.

Él reconoció abiertamente que la revelación recibida no le llegó de hombre alguno, y todos sabemos que nunca

había estado con Jesús en los días de su carne. Sin embargo, la obra del Espíritu Santo en su vida, lo llevó a ser el hombre que más revelación tuvo, respecto de los alcances del Nuevo Pacto.

Por ejemplo, el apóstol Pedro, fue uno de los que estuvo en contacto físico con Jesús durante tres años, al igual que Judas y que el resto de los discípulos, sin embargo, también le fue necesario recibir la vida del Espíritu Santo, para comprender lo que Dios les había otorgado en Cristo.

Pedro fue un hombre de gran voluntad para con Jesús, incluso había prometido no abandonarlo aunque lo metieran preso o intentaran matarlo, pero no pudo cumplir con eso, porque las antorchas de los soldados romanos, no era la antorcha de Dios, y sin haber recibido el Espíritu, no contaba con la luz necesaria para comprender lo que en realidad estaba pasando con la detención del maestro.

Mucho menos, cuando vio que lo torturaban y lo terminaron crucificando. No importa cuántas veces se los había anticipado Jesús, todos los discípulos sufrieron una gran desorientación y una confusión extrema. Pedro verdaderamente amaba a Jesús, pero en parte lo entendía y en parte no, porque hasta que no entro en vigencia el Nuevo Pacto, no pudo recibir al Espíritu Santo, que es quien conoce lo más profundo de Dios, y el único que puede dar a conocer los verdaderos diseños del Reino.

Estar tres años con Jesús, debe haber sido una experiencia fantástica para Pedro, pero en ese tiempo, no había entendido mucho más que Saulo antes de su viaje a Damasco. La verdad le vino cuando recibió la vida que es la luz para entender. Por supuesto, alguien podría resaltar la diferencia de que Saulo persiguió al Señor y Pedro, por el contrario, lo sirvió durante tres años como discípulo, y luego de la resurrección funcionó en su apostolado.

Ciertamente, hubo una diferencia entre ellos, y fue que Saulo era un religioso, que de niño había sido circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos, en cuanto a la ley, fariseo, en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia, y en cuanto a la justicia que es en la ley, era irreprensible (**Filipenses 3:5 y 6**). Estas cosas, sin vida espiritual, solo generaron en Saulo, tremendas fortalezas afincadas en el orgullo del supuesto conocimiento intelectual.

En cambio, Pedro, fue un simple pescador, y por tal motivo, no tuvo tantas fortalezas para entender la verdad. Después de haber presenciado un milagro, dejó todo para seguir fielmente a Jesús. Esa fue la diferencia entre ambos, pero en definitiva, ni Saulo, ni Pablo, pudieron comprender los pensamientos profundos de Dios, hasta que no recibieron la vida del Espíritu Santo.

De hecho, Pablo reconoció, que todas esas cosas enumeradas, que eran tan reconocidas y valoradas por la comunidad judía, y que él, había considerado como una

legítima ganancia, no le habían ayudado en nada. Al final, cuando fue alcanzado por la gracia, y recibió la vida, las estimó como pérdida por amor de Cristo, quien le otorgó el acceso a la Luz verdadera (**Filipenses 3:7**).

Pedro, por su parte, fue lleno del Espíritu Santo en el Pentecostés, cuando estaba en el aposento alto, junto con otros ciento veinte creyentes. Por haber sido uno de los íntimos de Jesús, y tal vez por su personalidad, todos reconocieron rápidamente a Pedro, como el apóstol más influyente de los doce, incluso ante cualquier conflicto, todos solicitaban conocer su opinión.

Pedro, desde su reconocida posición, no aceptó rápidamente a Pablo, porque conocía muy bien su pasado como perseguidor de la Iglesia. Sin embargo, la evidencia espiritual, lo hizo receptivo. Incluso sufriendo y aceptando la dura corrección que le hizo Pablo, respecto de estar complaciendo demasiado a los judíos, llevando a los gentiles a judaizar (**Gálatas 2:14**).

Estos dos gigantes de la fe, no trabajaron juntos en los mismos lugares, y no tenían la misma visión de algunas cosas, pero siempre se respetaron, y Pedro, al final de sus días, escribió en su segunda carta lo siguiente: “... *Ya nuestro querido compañero Pablo les ha escrito acerca de esto, y fue Dios mismo quien se lo explicó. En todas sus cartas, Pablo les ha hablado de esto, aunque algo de lo que dice en ellas no es fácil de entender...*” (2 Pedro 3:15 y 16 TLA).

Las palabras de Pedro, tenían una gran autoridad, porque él fue quien había estado con Jesús cara a cara, día tras día, durante tres años. Él fue quien estuvo presente en cada milagro y en cada enseñanza de Jesús, incluso cuando se manifestó en el Monte de la Transfiguración. Pedro fue testigo de la crucifixión, y también estuvo varias veces con el Cristo ya resucitado; aun así, observemos que Pedro dijo, que algunas de las revelaciones que el Espíritu Santo le había dado a Pablo eran difíciles de entender.

Por su parte, Pablo siempre reconocía no ser merecedor de lo recibido, incluso decía ser el más pequeño de los apóstoles, que no era digno siquiera de ser llamado apóstol, porque había sido un perseguidor de la iglesia (**1 Corintios 15:9**); sin embargo, después de reconocer esto, también escribió lo siguiente:

“Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo”.

1 Corintios 15:10

El apóstol Pablo, inspirado por el Espíritu Santo, escribió la mayoría de los libros que componen el Nuevo Testamento, sin haber caminado con Jesús, y sin haber escuchado sus enseñanzas de primera mano, tuvo este privilegio por la gracia de haber recibido la vida, que es la luz de los hombres, y comprender aún los pensamientos más profundos de Dios por impartición de Su Espíritu.

Ni los religiosos judíos, ni los discípulos de Jesús, ni los creyentes del primer siglo, ni ninguno de nosotros hoy, somos capaces de entender los pensamientos de Dios, ni comprender lo que nos ha otorgado, sin procurar acceder a la luz bajo la dependencia absoluta del Espíritu Santo. En los días de su carne, Jesús dijo:

“Aún tengo muchas cosas que decirles, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber”.

Juan 16:12 al 14

Pedro no comprendió lo que estaba ocurriendo en sus días, ni lo que Jesús les había enseñado, hasta que no recibió al Espíritu Santo de Dios. Pablo no pudo basar su fe en Jesús por las interacciones físicas, porque nunca las tuvo, y mucho menos hubiera podido comprender el Nuevo Pacto desde su conocimiento teológico. Nosotros tampoco conoceríamos la vida, ni tendríamos luz, si no hubiese sido por la gracia del Señor.

Además, debemos tener muy en claro, que tampoco podremos acceder a mayor comprensión del evangelio, si no nos volvemos absolutamente dependientes del Espíritu Santo. Algunos hermanos después de creer, piensan que pueden acceder a los misterios del Reino, estudiando las Escrituras, y no está mal que lo hagan, pero si no encarar ese

desafío dependiendo del Espíritu Santo, más que revelación de la verdad, van a edificar fortalezas afincadas en los fundamentos de la razón.

El hecho de que Pablo no haya tenido una relación física de la cual pudiera depender de Jesús, significa que tuvo que depender totalmente de su comunión espiritual con el “Maestro”. Él no tuvo otra opción, y nosotros tampoco, pero nuestra esperanza está en saber, que si Pablo pudo recibir semejante revelación del Nuevo Pacto, nosotros también estamos en Cristo, habilitados para comprender con total plenitud.

Haber conocido a Jesús en los días de su carne, debe haber sido una experiencia maravillosa, pero vivir en Él, movernos en Él y ser uno con Él, es algo mucho mejor (**Hechos 17:28**). De hecho, comer de los panes y los peces que Él multiplicó, debe haber sido un disfrute enorme, pero comer del verdadero “Pan de Vida”, es algo que podemos hacer sin viajar a Betsaida; nos basta con cerrar los ojos, volvernos al silencio del corazón, y sentir el fluir del Espíritu Santo.

La verdad es que podemos acercarnos más al Señor sin verlo, que si lo tuviéramos sentado frente a nosotros. Tal vez podríamos sonreírle y aún meter el pan en el mismo plato de comida, incluso podríamos apoyar la cabeza en su pecho como lo hizo Juan, pero no podríamos estar tan unidos, como teniendo Su Espíritu, y siendo Su cuerpo. Pablo lo escribió claramente:

“Pero el que se une al Señor, un espíritu es con Él”.

1 Corintios 6:17

Hoy podemos vivir en plena comunión con Cristo a través de Su Espíritu, y podemos también ser miembros de Su cuerpo. Las virtudes del Nuevo Pacto no vienen a nosotros por planificación o conducta, vienen por la revelación proporcionada a través de la íntima comunión con el Espíritu Santo. Sin dudas, hoy en día, debemos priorizar la dependencia hacia Él, porque solo Él, nos puede revelar los maravillosos misterios del Reino.

“Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento...”

Efesios 1:15 al 18



Capítulo dos

GOLPE DE ESTADO A LA INDEPENDENCIA

“Pero cuando alguien se vuelve al Señor, el velo es quitado. Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, hay libertad. Pero todos nosotros, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, estamos siendo transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Señor, el Espíritu”.

2 Corintios 3:16 al 18

La gracia nos otorga la vida de Cristo, y por tal motivo, somos justificados ante el Padre. Es su justicia y no la nuestra, la que nos permite entrar al Pacto. Es un Pacto entre Cristo y el Padre, no es nuestro pacto, por eso debemos ser dependientes de Su obra y de Su vida en todo tiempo.

Nuestro espíritu recibe su vida, nuestra alma, entra en un proceso de redención y nuestro cuerpo sigue su camino hacia la muerte. Esto último es muy difícil de sobrellevar, porque la carne, es lo primero que observamos y es lo que

llegamos a creer que somos. En realidad, la carne es un vehículo para la expresión de la vida, pero, lógicamente, es muy difícil verla de esa manera.

La carne, a través de sus cualidades y sus sentidos, nos permite interactuar con el mundo físico, y esto es lo primero que sentimos, por eso llegamos a pensar que es lo más importante. Sin embargo, no lo es para la vida eterna, ya que nuestro cuerpo tiene fecha de vencimiento, y todos sin excepción tenemos los días contados en este cuerpo que va muriendo poco a poco.

De todas maneras, debo decir que el cuerpo humano es, como todo lo creado por Dios, verdaderamente maravilloso. No importa cuanto pueda crecer la ciencia y la tecnología, nadie ha podido, ni podrá jamás, crear una maquinaria tan extraordinaria como el cuerpo humano. Es por eso que nos cuesta mucho asimilar su proceso de muerte.

Desde niños accedemos a todas las experiencias de la vida a través del cuerpo, por eso nos da pavor sentir que se nos va muriendo poco a poco. Incluso, quienes no han sido alcanzados por la gracia divina, llegan a pensar que después de la muerte física, no existe más nada; y por supuesto, esto asusta mucho a todos.

Los cristianos conocemos la verdad, y sabemos que después de la muerte física, entramos a mejor vida, porque lo imperfecto ha pasado y en la resurrección de los muertos, recibiremos un cuerpo nuevo, glorificado y eterno. Sin

embargo, no importa cuánto puedan enseñarnos sobre eso, igualmente tratamos de huir de la muerte física.

Hablamos de fe y vivimos por fe, pero al cuerpo lo vemos cada día, y lo por venir está más allá de nuestros sentidos físicos, por eso tenemos tanto miedo. Nos miramos al espejo y seguimos pensando que eso que vemos es lo que somos, y eso que podemos tocar, es la vida misma.

Nuestro cuerpo extraordinario es nuestra realidad presente, es el vehículo para la expresión de la vida, y es lo primero que nos permite ver, sentir, palpar, gustar, disfrutar o padecer. El cuerpo nos causa muchos problemas, pero es el que identificamos como la fuente de toda satisfacción, por eso también, le tenemos mucha consideración.

Decir que no debemos prestarle mucha atención, suena espiritualmente elevado, pero no puede ser más que una expresión teórica, porque nuestro cuerpo nos importa mucho más de lo que podamos pretender. Al final, los cristianos deberíamos encontrar un sano equilibrio al respecto, pero ¿quién osará la pretensión de haberlo alcanzado?

Algunos desprecian su cuerpo, y lo descuidan, mientras que otros lo aprecian de más, considerando más su apariencia por sobre sus funciones. Otros lo cuidan mucho y trabajan incansablemente para mejorar sus prestaciones, y otros aprenden a disfrutarlo sanamente, sabiendo que al final, sea como sea, le llegará su hora. De todas maneras, aunque

algunos pretendan ignorarlo, todos sabemos que un día, nuestro cuerpo volverá al polvo.

En lo referente a la vida espiritual, somos nuevas criaturas en Cristo, pero aún no recuperamos completamente la posición que Adán tenía antes de la caída, puesto que al menos nuestro cuerpo, aún está esperando su redención (**Romanos 8:23**). Cualquiera de nosotros, como hijos de Dios, aunque tengamos una nueva naturaleza espiritual, seguimos conservando la naturaleza pecaminosa en los deseos de la carne, y eso, inevitablemente, puede crearnos muchos conflictos.

La gracia salvadora implica una nueva naturaleza que no posee inclinaciones al pecado, pero no nos ha salvado hasta el punto de ser incapaces de pecar. La vida del Espíritu Santo en nosotros, puede desviarnos del pecado, otorgarnos dominio propio y darnos fortaleza para resistir toda tentación, pero viviendo aún en un cuerpo de muerte, las influencias del mundo dominado por Satanás, puede hacernos pecar, es por eso que debemos extremar los cuidados, viviendo en dependencia con el Espíritu Santo.

Mientras estemos pisando esta tierra con un cuerpo mortal, no podremos estar en posición de plena libertad de pecado, es por eso, que no solo necesitamos dependencia espiritual para resistir toda tentación, sino también para recibir diariamente el suministro de la gracia.

Debemos vivir en la revelación de que el Espíritu Santo vive en nuestro espíritu; y esto, junto con la muerte de Jesús, trabajando activamente nuestro cuerpo para producir vida. La cruz genera muerte, pero el poder de resurrección que recibimos impulsa y empodera nuestra vida espiritual.

Cuando el Espíritu Santo aplica la cruz en los deseos de nuestra carne, haciendo morir sus intenciones, obtenemos una porción mayor de Cristo. Sin embargo, esto no implica que ya no existe la carne, ni que haya perdido definitivamente su fuerza, solo esperará su ocasión, agazapada como una astuta serpiente que pacientemente renueva su apetito.

Si los cristianos ya no tuviéramos una naturaleza pecaminosa, no se la impartiríamos a nuestros hijos, y la pecaminosidad sería cortada en nuestra descendencia; sin embargo, esto no ocurre y tanto nuestros hijos, como nuestros nietos y todos los que nacerán, necesitarán de Cristo y de su obra redentora. Solo la muerte biológica nos abrirá camino al cuerpo de incorruptibilidad. El apóstol Pablo escribió:

“Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?”

1 Corintios 15:53 al 55

Hasta que la carne no sea eliminada definitivamente, su poder seguirá vigente; sin embargo, su presencia tampoco puede hacer que la santificación sea imposible. Solamente cuando entregamos nuestro cuerpo al Señor (**Romanos 6:13**), nos es posible librarnos del dominio de la carne y estar bajo el dominio del Espíritu Santo. Si nos rendimos humildemente y mantenemos una actitud de no dejar que el pecado reine sobre el cuerpo (**Romanos 6:12**), entonces podemos ser librados de los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y las vanaglorias de la vida (**1 Juan 2:16**).

El Señor Jesús ha muerto por nosotros y ha crucificado nuestra carne con Él en la cruz. El Espíritu Santo vive en nosotros para hacer real en nosotros su obra gloriosa, solo debemos vivir en dependencia, porque cualquier intento religioso de controlar nuestra naturaleza de pecado, nos enfrentará a la dura realidad del fracaso.

Sin embargo, si estamos dispuestos a batallar contra el pecado con las armas y las fuerzas del Espíritu Santo, experimentaremos la obra consumada de la cruz. Es por eso que Pablo expresó: *“Así pues, hermanos, somos deudores, no a la carne para vivir según la carne, porque si vivís según la carne moriréis, pero si por el Espíritu hacéis morir las acciones del cuerpo viviréis”* (**Romanos 8:12 y 13**).

A la hora de vivir el Reino, tenemos una clara responsabilidad, pero no tenemos poder en nosotros mismos, es por eso que debemos vivir en dependencia, porque el Espíritu Santo, es quien nos trae convicción de pecado, nos

alerta, nos advierte, nos da discernimiento, nos otorga dominio propio, nos lleva por el poder de la cruz, y si fallamos en algo, nos conduce a la restauración de la gracia.

Es imposible para nosotros, pretender la vida cristiana haciendo cosas para Dios. Es Él quien hace su obra a través de nosotros. Esa es la diferencia entre la vida del Espíritu y la práctica de una religión. El Reino no se vive con nuestras fuerzas, sino con sus capacidades, por eso debemos ser dependientes.

Nuestro espíritu está siendo vivificado por el Espíritu Santo, y se encuentra en pleno desarrollo hacia la plenitud. Nuestro cuerpo demanda y demanda satisfacer sus deseos, pero puede ser frenado por el poder de la cruz, en la operación del Espíritu Santo. Mientras tanto, nuestra alma está en pleno proceso de redención.

Aquí encontraremos dos aspectos fundamentales de la redención, es decir, en el Calvario la redención fue un suceso, por eso Jesús dijo: “Consumado es”, pero en nuestras vidas, la redención es un proceso, porque día a día, vamos siendo liberados de nosotros mismos. Por eso es fundamental, el conocimiento de la verdad revelada, para avanzar hacia la libertad otorgada en Cristo.

En nuestra etapa de vida sin Dios, nuestra condición natural se caracterizó por la culpa: ***“Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23)***. La redención de Cristo nos ha librado de la culpa:

“siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Romanos 3:24). Esto implica que no solo nos ha librado definitivamente de nuestro estado de culpabilidad ante el Padre (**Romanos 5:17**), sino que nos ha librado de la condenación eterna (**Mateo 25:46**).

La palabra redimir significa “comprar”. El término era usado específicamente con referencia al pago de la libertad de los esclavos. La aplicación de este término a la muerte de Cristo en la cruz, significa exactamente eso. Si somos “redimidos,” entonces nuestra condición previa era la de esclavitud. Dios ha pagado nuestra libertad, y ya no estamos bajo la esclavitud del pecado o de la ley del Antiguo Testamento. Este uso metafórico de la “redención” es la enseñanza de **Gálatas 3:13 y 4:5**.

Jesús pagó el precio de nuestra liberación del pecado y sus consecuencias (**1 Timoteo 2:6**). Su muerte fue ofrecida a cambio de nuestra vida. De hecho, la Escritura dice claramente que la redención únicamente es posible “a través de Su sangre”, esto es, por Su muerte (**Colosenses 1:14**). El Espíritu Santo, no solo nos permite comprender esto, sino que va ejecutando su obra en nosotros, para que las verdades espirituales, se conviertan en realidades espirituales.

El alma es nuestro “yo”, y ocupó, durante los años que no habíamos recibido la gracia, el trono de gobierno en nuestra vida. El alma operaba en un estado de independencia absoluta. Por supuesto, todos estuvimos bajo las influencias del enemigo, obrando como el príncipe de este mundo, y

algunos seguramente estuvimos bajo el poder demoníaco, pero el alma, sin dudas, tuvo sus días de gobierno.

Cuando fuimos alcanzados por la gracia del Señor, lo que ocurrió en nuestro interior, es que se produjo un golpe de Estado, y el alma, ante la evidencia de la verdad, tuvo que rendirse a los pies de quien, a partir de su revelación, se convirtió en el Señor y Rey de nuestras vidas. Es decir, que pasamos de la independencia a la dependencia divina.

Esto no es fácil de asimilar para el alma, porque de pronto, tuvo que convertirse en un mayordomo del Rey, cuando antes hacía y desasía a su antojo. La carne demandaba y el alma determinaba lo que sí consideraba lícito para nuestra vida, y lo que simplemente, desde su valoración, consideraba que no debíamos hacer. Pero de pronto, se terminó el poder de sus razonamientos, y comenzamos a vivir por la verdad eterna.

Esto ha producido, y seguirá produciendo, algunas crisis internas en nuestras vidas, porque para el alma, algunas resoluciones del Espíritu son locura, porque no las puede comprender. Sin embargo, se encuentra en la obligación de acatarlas y administrar las decisiones, conforme al poder que dice reconocer de Dios.

De eso se trata la vida del Reino, de dejarnos gobernar por Dios, cuando antes nos gobernábamos solos. Dependemos de Él en todo, cuando antes vivíamos en independencia. Sin embargo, esta conquista divina, no vino para sujetarnos en

esclavitud, sino para llevarnos por el verdadero camino de la libertad.

El alma, nunca gobernó bien nuestras vidas, por eso, en más de una ocasión, sufrimos los duros golpes de las experiencias, y nos frustramos, nos deprimimos, o nos perdimos en el dolor, sin poder encontrar una salida. Salomón escribió que ***“Hay cosas que hacemos que nos parecen correctas, pero que al fin de cuentas solo nos llevan a la tumba”*** (Proverbios 14:12 BLS). Así es el alma humana, pretende gobernar y se termina comiendo la fruta equivocada.

Todos los hijos de Dios, aunque en menor medida los bienaventurados que nacieron en el evangelio, sufrimos del mal gobierno del alma. Sus razonamientos y sus necesidades, nos condujeron más de una vez al abismo de la confusión. Eso no es porque el alma tenga malas intenciones; de hecho, todos queremos que nos vaya bien en la vida. Lo que sucede es que el alma fue creada para vivir en dependencia divina, no para gobernarse a sí misma.

Adán es el ejemplo como alma viviente (**1 Corintios 15:45**). Él fue creado para vivir en dependencia del gobierno divino, pero determinó gobernarse solo, por eso comió del árbol de la ciencia del bien y del mal; pensando con eso, que tendría la capacidad de autogestionar sus propias decisiones. Sin embargo, todos sabemos que fue al revés, que la falta de dirección divina lo metió en fracaso y esclavitud.

Satanás le propuso a Adán, el ser semejante a Dios, porque ese ha sido siempre su deseo. Es por eso que perdió todos sus privilegios, porque quiso levantar su propio trono de gobierno (**Isaías 14:13**); pero el final, en lugar de vivir en la gloria, terminará en el lago de fuego eternamente (**Mateo 25:41**). Por causa de su diseño, le ocurrirá lo mismo a todos los hombres que no reciban la redención divina.

Satanás les propone a los hombres vivir en independencia, y al ver la historia de la humanidad, la propuesta de su supuesta libertad, parece la mejor opción, pero ese es el gran engaño, que los hombres, pretendiendo ser libres, se hicieron esclavos de la oscuridad. Basta observar al mundo, para comprender los verdaderos resultados de su independencia.

¡Jesucristo es el Señor! Y la revelación de su señorío, es el día de la dependencia. Cuando nuestro espíritu recibe la gracia de la vida, es como Jesús en el pesebre de Belén. Cuando nació, los magos del oriente dijeron que era un Rey, y ciertamente lo era, porque rey se nace, no se hace. Por lo tanto, solo era una cuestión de tiempo, que ese niño que era Rey, terminara gobernando con poder.

Cuando nacemos de Dios, somos hijos del Rey, y herederos con Él, pero gobernar en Cristo, es una cuestión de tiempo, por eso Pablo enseñó: *“Mientras el heredero es menor de edad, en nada se diferencia de un esclavo, a pesar de ser dueño de todo. Al contrario, está bajo el cuidado de tutores y administradores hasta la fecha fijada por su padre.*

Así también nosotros, cuando éramos menores, estábamos esclavizados por los principios de este mundo” (Gálatas 4:1 al 3).

Nuestro espíritu está en proceso de madurez, en la búsqueda de alcanzar plenitud (**Efesios 4:12 y 13**). Cuando más nos rendimos al gobierno del Espíritu, más plenitud alcanzamos. Cuando más dependientes de Dios somos, menos independencia pretenderá nuestra alma, y menos complacencia habrá para los apetitos pecaminosos de la carne.

“Así que ya no eres esclavo sino hijo; y como eres hijo, Dios te ha hecho también heredero”.

Gálatas 4:7

Dependencia, no es falta de libertad, por el contrario, es el acceso a la verdadera libertad del Reino. El grado de libertad más extraordinario que puede vivir un ser humano, es el de vivir bajo el gobierno del Padre. Eso es ser verdaderamente libres, porque reitero este concepto: “Libertad no es hacer lo que queremos, sino hacer las cosas correctas...” Y la única forma de hacer las cosas correctas, es viviendo bajo el gobierno de la verdad.

Llegará un día, que todo nuestro ser alcanzará completa plenitud. Pablo expresó ese deseo cuando escribió: ***“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no***

pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Filipenses 3:12 al 14).

Hasta ese día, hasta que llegue lo perfecto, debemos vivir en la búsqueda de la dependencia más absoluta posible. Es cierto, que en muchas ocasiones la carne se saldrá con la suya, al ser complacida en sus deseos. Es cierto, que el alma causará algunas rebeliones sentimentales, y algunas revueltas con sus razonamientos vanos. Es cierto que la complejidad de nuestro ser, puede generarnos algunos tropiezos; sin embargo, también es cierto que en Cristo somos más que vencedores (**Romanos 8:37**).

También es cierto, que en Cristo estamos seguros (**Apocalipsis 1:5**). El Nuevo Pacto no depende de nosotros, sino de Él; por lo tanto, es un Pacto infalible. Ahora nuestra vida no está a la deriva, sino que el Espíritu Santo, no se rendirá con nosotros, sino que nos guiará con paciencia a toda verdad y justicia (**Juan 16:13**). Eso lo hará, a pesar de nuestras muchas limitaciones.

Es cierto, que fallaremos muchas veces, pero también es cierto, que la gracia del Señor es la esencia de este Pacto glorioso. Y por supuesto, no me refiero a la gracia como una licencia divina para complacer la carne, o los caprichos del alma, me refiero a la gracia, como el sistema de gobierno que

nos mete en Cristo, para vivir en Él, lo cual, no podemos vivir en nuestras propias capacidades.

Es por esto que hoy, es el día para la dependencia. No es tiempo de ejercer violencia contra el Reino. Hoy es un buen día para rendirnos ante el Señor, igual que ayer, igual que mañana, hoy es el día. Siempre es el día para la dependencia, rindiéndonos ante nuestro Señor y Rey.

Respondió Jesús: “Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí”. Le dijo entonces Pilato: ¿Luego, eres tú rey?

Respondió Jesús: “Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz”.

Juan 18:36 y 37



Capítulo tres

DEPENDENCIA PROFUNDA

“Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, más vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días.”

Hechos 1:4 y 5

Después de la resurrección, Jesús se apareció a sus discípulos, y les sopló el Espíritu Santo, haciéndolos partícipes del Nuevo Pacto (**Juan 20:22**). Los restauró y se les apareció con muchas pruebas indubitables, durante cuarenta días, tiempo en el que les enseñó acerca del Reino de Dios (**Hechos 1:3**).

Esas enseñanzas seguramente han sido extraordinarias, pero ninguna de ellas quedó registrada. Esto no me parece extraño, porque en el Nuevo Pacto, la dinámica de la comunión y la vida con el Espíritu es absolutamente diferente. Por otra parte, los misterios del Reino, no pueden

ser expuestos abiertamente, solo están reservados para los hijos de Dios, en el tiempo y a la manera que Él disponga.

Una cosa es segura, los discípulos, después de recibir al Espíritu Santo, después de ser restaurados, y después de recibir enseñanzas precisas del Reino de Dios, estarían más que listos y ansiosos de predicar las buenas nuevas en todo lugar. Tal vez por esa ansiedad, es que el Señor les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, para ser investidos con poder de lo alto (**Hechos 1:4**).

Es cierto, que ellos ya habían recibido la justificación ante el Padre y la purificación de la sangre de Cristo, el Espíritu Santo ya estaba en ellos, pero ahora, era necesario que ellos estuvieran metidos en el río del Espíritu. Cuando el Espíritu Santo entró en ellos, recibieron la vida, pero cuando ellos entraron en el Espíritu recibieron poder.

Jesús le había dicho a la mujer samaritana, que si conociera el don de Dios, y quién es el que le estaba hablando, ella le pediría de beber a Él, y Él le daría agua viva. Luego le dijo que cualquiera que bebiera del agua del pozo de Jacob, seguramente volvería a tener sed; pero si bebieran del agua, que Él podía darles, no tendrían sed jamás; porque Él, les daría una fuente de agua que salte para vida eterna (**Juan 4:13 y 14**).

Jesús, se estaba refiriendo al Espíritu Santo, que llegaría también para los gentiles después de su obra

redentora. Esa fuente de agua viva es introducida en todo creyente, es agua que proviene del mismo trono de Dios, es el río del Espíritu Santo, la fuente inagotable de la vida que sacia.

En **Juan 20:22**, los discípulos recibieron ese río de Dios, pero en el Pentecostés, fueron ellos los bautizados en el Espíritu. Es decir, fueron ellos los sumergidos en el río de Dios. Cuando el río está dentro de nosotros vamos a donde queremos, y el río permanece en nosotros, pero cuando nosotros estamos dentro del río, dejamos de hacer pie, dejamos de dirigir nuestros pasos, y es el río, el que nos lleva a donde su corriente quiere.

Cuando el Espíritu permanece dentro de nuestro ser, a pesar de su empoderamiento y de su dirección, somos nosotros los que gestionamos la fe, pero cuando nosotros estamos sumergidos en el río de Dios, es Él, quien conduce los destinos de nuestras acciones. Nosotros no podemos más que depender de Su perfecta voluntad.

Jesús sabía, que los discípulos necesitaban esa dependencia, por eso los miró y les dijo: Ustedes serán testigos de estas cosas, pero primero, yo les enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; por eso quédense en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto (**Lucas 24:48 y 49**).

Jesús no solo instruyó a sus discípulos respecto del Reino, sino que lo hizo con otras quinientas personas más,

según quedó registrado en **1 Corintios 15:6**. Curiosamente en **Hechos 1:15**, encontramos que el número de personas que estaban en el aposento alto, era de solo ciento veinte personas. No sé lo que ocurrió con las otras trescientas ochenta personas, no creo que hicieran cuatro cultos por día; supongo que ocupados en sus tareas, se perdieron el histórico y glorioso día del pentecostés.

Hay momentos con Dios, que pueden ser únicos. Hoy en día, muchos hermanos actúan como si un culto más, o un culto menos, no hiciera ninguna diferencia, pero en realidad, no se trata de cultos, se trata de momentos eternos, donde Dios determina algo, y no estar ahí, puede resultar en una pérdida irreparable.

Aquellos que sí estuvieron en el aposento alto, fueron llenos del Espíritu Santo por dentro, y revestidos, cubiertos, sumergidos completamente en Él. Todos experimentaron la presencia manifestada de Dios a un grado extraordinario, todos fueron llenos del poder de Dios; por eso mismo, Pedro se puso de pie, y con un pequeño sermón lleno de la unción de Dios, logró que se convirtieran unas tres mil personas.

Esto también es muy simbólico, porque en el Sinaí, cuando el Señor entregó la Ley a Moisés, lo que descendió del monte no fue el Espíritu Santo, sino las tablas de piedra. En ese fatídico día, murieron tres mil personas (**Éxodo 32:28**). Esto implica que la Ley produjo la muerte de tres mil personas, pero la gracia trajo la vida, nada menos que a tres mil personas.

En el libro de los hechos de los apóstoles, hay cuatro relatos diferentes al del día del pentecostés, donde otras personas fueron llenas del Espíritu Santo. Debemos notar al respecto, que la investidura, el bautismo, o la llenura del Espíritu Santo es algo separado a la experiencia de la salvación. Es decir, una cosa es recibir la vida para salvación y otra es recibir poder para testificar y avanzar al propósito.

Por otra parte, también debemos notar que en todos los casos hubo algunos testigos de estas llenuras del Espíritu Santo, y todos vieron y también oyeron la evidencia de la llenura del Espíritu Santo en esos creyentes; es decir, que el bautismo del Espíritu Santo, es algo notable, evidente y público. Así debería ser en la Iglesia de hoy, porque no hay ningún versículo capaz de demostrar que esas gloriosas manifestaciones, solo fueron para esos primeros días.

Todavía necesitamos recibir el Espíritu Santo para salvación, y necesitamos estar sumergidos en Él para manifestar poder. Lamentablemente estos hechos, se han diluido de tal manera, que en algunos casos, no logramos percibir claramente si algunos hermanos han recibido la regeneración o no, porque tibiamente comienzan a congregarse, y raramente evidencian los frutos apasionados de su conversión.

Lamentablemente, esto también está permeando al liderazgo de la Iglesia, porque muchos ministros de buena voluntad, no están gestionando sus funciones en el poder de Dios, lo cual genera muchas deficiencias a la hora de

discipular y edificar a los hermanos. La unción no solo debería manifestarse en aquellos que ejercen alguno de los dones de ascensión, sino en todos los que cumplan con alguna tarea de impartición.

Hoy en día, podemos ver la manifestación de diferentes dones, pero lo que necesitamos no es que algunos famosos ungidos manifiesten lo sobrenatural. Lo que necesitamos es una Iglesia llena del Espíritu Santo, llena del poder de Dios, que manifieste abiertamente, y públicamente la vida de Cristo a través del poder del Espíritu Santo.

Podríamos pensar que esto no depende de nosotros, sino de la voluntad soberana de Dios, y está bien, Él siempre tiene la última palabra, pero si observamos bien. Jesús les mandó a sus discípulos esperar en un lugar determinado, donde algunos estuvieron y otros no. ¿Qué habría pasado si los discípulos no lo hacían tal como Jesús ordenó? Lo que quiero decir, es que si bien el derramar del Espíritu proviene de la voluntad soberana de Dios, nosotros debemos tener una actitud acorde a lo que decimos desear.

Si no tenemos hambre, Dios no nos alimentará, si no tenemos sed, Dios no nos saciará, si no tenemos un apasionado deseo de ser sumergidos en el río del Espíritu Santo, Dios no lo hará. Reitero esto para que no haya confusiones: Todos los hijos de Dios tenemos el Espíritu Santo en nosotros, porque somos Su morada (**Efesios 2:22**), pero no me refiero a eso, sino a al derramar de una

sobreabundancia de Su Espíritu Santo, de tal manera que Su río nos arrastre con poder a su perfecta voluntad.

Como ministro del evangelio, ya estoy cansado de tener que predicar como convenciendo a los hermanos de que deben comprometerse, de que deben ser fieles, de que deben congregarse, de que deben orar, o que deben dar. Ya quisiera poder impartir de los verdaderos misterios del Reino, de la sabiduría espiritual reservada para los hermanos maduros (**1 Corintios 2:6**), pero no puedo subir a esas alturas, cuando hay hermanitos que todavía discuten si deben dar una ofrenda o no.

Lo que deseo, es un derramar del Espíritu Santo tan poderoso, que todos los hijos de Dios seamos arrastrados por Su río. Deseo que todos podamos ser revestidos por las llamas de Su poder, y que nos embargue una pasión tan grande, que todos los hermanos sin excepción, sean movidos a testificar con fe, y con señales capaces de manifestar claramente el Reino de Dios en todo lugar.

Quisiera que la unción fuera tal, que los ministros, no pudiéramos manejar más ninguna reunión, sino que dependiéramos de lo que el Espíritu determine. Desearía que la gloria sea tal, que produzca un arrepentimiento genuino para la unidad verdadera de todas las congregaciones, con un rompimiento violento de todas las estructuras religiosas, y de todas las instituciones que los hombres han levantado durante siglos, de manera que todos podamos entrar en la vida del Nuevo Pacto.

Quisiera una Iglesia libre y llena del Espíritu, una Iglesia decidida, dadivosa, respetuosa de la unción y de los llamados ministeriales. Llamados que por otra parte, desearía que fueran reducidos a los verdaderamente legítimos, y que todos los demás, se pudieran retraer con gozo a servir al Señor, sin la necesidad de ocupar cargos que Dios nunca determinó.

Quisiera un golpe de estado al gobierno humano sobre la Iglesia. Quisiera una invasión del Espíritu Santo, tan poderosa, que sin resistencia, pueda ocupar Su trono de gobierno, y que todos, sin excepción, podamos rendirnos a Él en obediencia, en abnegación y en humildad, volviéndonos absolutamente dependientes de Su voluntad.

Ahora bien, considerando que así como necesitamos un derramar del Espíritu Santo de manera corporativa, de la misma forma en que aconteció en el día del pentecostés, también debemos asumir que Él está permanentemente en nuestro interior y que debemos maximizar ese privilegio, porque si lo hacemos, seremos guiados por Él mismo, hacia una plenitud muy especial.

Para maximizar esa gracia maravillosa de contar con la persona del Espíritu Santo, debemos procurar entender Su obra con mayor profundidad. En primer lugar, lo que ocurre al ser limpiados por la sangre de Cristo, es que el Espíritu Santo toma su lugar en nuestro corazón vivificando nuestro ser. Eso es lo que llamamos la regeneración.

La regeneración no es un cambio de posición personal, no tiene que ver con emociones, estímulos o impulsos internos, sino que es nada menos que recibir una vida nueva, una vida espiritual que nos permita tener una comunión verdadera con Dios.

Debemos tener en claro, que todos los seres humanos tenemos cuerpo, alma y espíritu (**1 Tesalonicenses 5:23**). Lo que ocurre con las personas que no conocen a Dios, es que viven físicamente, gobernados por su alma, a la vez que el espíritu carece de vida, no porque no esté, sino porque no contienen a Cristo que es la vida (**Juan 14:6**). Al respecto Juan dijo:

“Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida”.

1Juan 5:11 y 12

Algunas personas que practican el ocultismo, desarrollan sus capacidades espirituales, porque el espíritu humano está en ellos, y lo desarrollan a través del mal, pero no tienen vida espiritual verdadera porque no tienen a Cristo que es la vida misma.

Recibir la vida espiritual, recibir al Espíritu Santo para que habite nuestro ser (**Ezequiel 36:26**), nos convierte en moradas, en templos santos para Dios (**1 Corintios 3:16**). Esto no implica un cambio físico, ni un cambio instantáneo en nuestra alma. Ciertamente con la llegada del Señor, todo

nuestro ser es conmovido, la mente y las emociones son impactadas con bien, todo es maravilloso, pero a la misma suele producir confusiones de manera natural.

A lo que me refiero es que nuestra mente no comprende lo espiritual, no comprende lo que nos está pasando, con tantos cambios de sensaciones y sentimientos. De pronto somos invadidos por el amor, el deseo del bien, el cambio de conducta, de ideas y de costumbres. Por otro lado, en medio de cada actividad espiritual, nos preguntamos internamente que es exactamente lo que estamos haciendo con nuestra vida.

Esto es normal, por un lado tenemos un impulso absolutamente nuevo, nos sentimos llenos de vida y llenos de nuevas ganas. Sentimos que la luz ha entrado en nuestro ser y que ya no estamos solos. Es verdaderamente maravilloso, pero hay un aspecto natural que ocupan las razones del alma y los deseos de la carne, lo cual genera una revolución interna a modo de resistencia.

La plenitud que experimentamos al principio es gloriosa, porque nos hace sentir que nada deseamos de este mundo excepto a Cristo, pero por otro lado hay una vida natural que parece postergada, pero no finalizada. Es como si nuestra carne y nuestra alma, esperaran agazapadas la oportunidad de volver a ocupar su lugar, mientras que nuestro espíritu está pensando en nunca más volver atrás.

Nuestra carne es como la cubierta exterior, como el atrio exterior del tabernáculo de Moisés. Nuestra alma es como el lugar santo, que pasa a ser iluminado e inundado por el aroma de la adoración, la santidad y el amor de Dios. Nuestro espíritu es como el lugar santísimo, donde habita el Espíritu Santo, la presencia misma del Señor.

El bautismo del Espíritu Santo, es cuando somos sumergidos en Él completamente, pero la dinámica de la vida diaria de los hijos de Dios, es el fluir interno y constante de Su presencia. Su Espíritu Santo habita nuestro espíritu y desde ahí comienza a gobernar nuestro ser, desde ahí, fluye inundando nuestra alma, que a partir de entonces, comienza a ocupar el rol de mayordomo, pero ya sabe que ha perdido su autoridad y su gobierno.

Por su parte, nuestra carne pretende sus reclamos, pero siente el impacto de no ser complacida como antes. A regañadientes comienza a ocupar su rol de esclava, o de servidora de Cristo, lo cual no implica que se rinda completamente, ya que solo necesita que se aflojen un poco las ligaduras espirituales, y vuelve a imponer sus reclamos una y otra vez.

Esta dinámica perdura, y con el tiempo debería irse inclinando hacia el gobierno espiritual, sin embargo, no siempre es así. En teoría la vida cristiana suele ser vista como algo simple, pero no lo es. Hay ámbitos, hay diferentes experiencias personales, y hay circunstancias naturales que nos impactan de diferente manera. Todos tenemos una

familia, todos pasamos a ser parte de una congregación, y los muchos compromisos de la vida, pueden hacernos fluctuar en nuestra espiritualidad.

En ocasiones nos sentimos más espirituales, más ungidos, más livianos, pero en otras ocasiones nos sentimos afectados por nuestros sentimientos, nuestros conflictos del alma, nuestros temores, nuestros amores, y a la misma vez, nuestra carne pasa por mil sensaciones y deseos diferentes, con lo cual tratamos de vivir con estabilidad, pero a la misma vez, pareciera que por momentos subimos y por momento bajamos nuestros niveles espirituales.

El Espíritu Santo es el que va edificando nuestra vida, que a la misma vez es su propia morada. Él aprovecha todas las circunstancias para enseñarnos, y lo hace tratando de guiarnos a la voluntad del Padre, hablándonos desde nuestro ser interior. Él no procura resolver todos nuestros conflictos, tal como algunos pretenden, por el contrario, Él permite ciertas situaciones para enseñarnos, porque esa edificación personal, es su verdadera prioridad.

Muchos hermanos desean experiencias externas con Dios, y muchos otros buscan Su dirección en el escenario de la mente o de los sentimientos del alma, pero el Señor no fundamenta su trabajo en esos escenarios. Ciertamente Él puede tocar nuestra carne, y sin dudas puede tocar nuestros sentimientos y nuestra mente, pero debemos saber que el origen de Su fluir proviene de lo profundo de nuestro ser.

Esto es importante saberlo, porque si no somos profundos en la búsqueda de Su ministración, no obtendremos rápidos resultados. De hecho, muchos hermanos no pueden tener una efectiva comunión con el Señor, porque son muy superficiales, y están demasiado ocupados, distraídos y llenos de ruidos.

***“Un abismo llama a otro a la voz de tus cascadas;
Todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí”.***

Salmo 42:7

Este salmo es atribuido a los hijos de Coré, aunque algunos dicen que fue del rey David. Lo cierto es que el salmista, a pesar de vivir en un pacto diferente y limitado, comprendía muy bien este principio de la profundidad. La palabra abismo utilizada en este pasaje, es la palabra hebrea ***“Tejón”***, que significa “profundo”.

Lo que el salmista está diciendo es que lo profundo llama a lo profundo con la voz del Espíritu. Cuando en lugar de ser personas superficiales, nos volvemos profundos en el silencio de la soledad, podemos oír la voz profunda del Señor, y cuando hacemos eso, nos disponemos a que todas sus ondas y sus olas, nos puedan sumergir en Su presencia, tal como ocurrió en el día del pentecostés.

Hoy no estamos en el pentecostés, pero es el día de la dependencia divina, por eso, debemos aprender a silenciar los ruidos, apagar los medios, los móviles y las relaciones vanas, de manera que tengamos tiempos de calidad, de silencio y de

meditación con Dios. Entonces, desde la profundidad de nuestro ser, sentiremos el fluir de la vida, que es la luz que nos permite ver, para recibir la verdad que nos hace verdaderamente libres.

En otras palabras, todos podemos anhelar un río que nos arrastre por fuera, un río que haga evidente el poder de Dios sobre la iglesia, pero ese río, se debe gestionar desde la profundidad de nuestro ser. Solo si priorizamos una apasionada comunión interna, recibiremos una impartición externa. El mundo podrá ver el fuego sobre la Iglesia, cuando nosotros avivemos primero, el fuego del Espíritu en nuestros corazones.

“Más vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, más el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros. Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; más si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”.

Romanos 8:9 al 14

Capítulo cuatro

DEPENDENCIA SANA Y SIN ABUSOS

“Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad si no de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrearán condenación para sí mismos”

Romanos 13:1 y 2

Estamos comprendiendo la importancia de depender del gobierno del Espíritu Santo en nuestra vida. Vimos que para encontrarnos con su dirección debemos ser profundos en nuestra comunión con Él, y que si hacemos eso, no solo recibiremos Su impartición interna, sino que seremos sumergidos en Su presencia, de manera que no solamente podemos ser guiados, sino también llevados a la voluntad perfecta del Padre.

Comprendiendo esta dinámica, es necesario que evaluemos hasta donde, y como debe ser nuestra sumisión a las autoridades establecidas directamente por Dios. Estoy

seguro, que si aprendemos a obedecer a Dios, a través de la comunión personal, no tendremos problemas en reconocer a los ministros que Él ha establecido, y podremos aprender también, cuándo y cómo debemos sujetarnos.

En el texto citado, Pablo se está refiriendo a las autoridades civiles o gubernamentales. Sin embargo, estas palabras de exhortación se aplican no solamente a los líderes gubernamentales, sino también a los líderes espirituales, porque es un principio del Reino.

Cuando Pablo dice que toda persona debe someterse a las autoridades, no deja lugar para ciertas excepciones, porque simplemente dice “toda persona”, tampoco sugiere que lo hagamos, sino que, directamente, dice que debemos hacerlo.

La palabra griega para “sométase” es *“jupotásso”*, que significa subordinar, obedecer, sujetarse, ser sumisos. No caben dudas, de que el mandamiento implica colocarnos voluntariamente bajo sumisión a las autoridades establecidas, lo cual debemos hacer, con toda la intención de obedecer humildemente. La pregunta sería ¿Hasta cuándo y cómo debemos hacerlo? ¿Hay límites o simplemente debemos obedecer en todos los casos?

El origen de toda autoridad es Dios, pero ¿qué ocurre con los falsos ministros, con aquellos que se autopromocionan, o incluso con aquellos que tienen patrones de comportamientos abusivos? Bueno, trataremos de

comprenderlo, pero en primer lugar, debemos dejar bien establecido cómo debemos conducirnos ante las autoridades legítimas.

Si Dios estableció una autoridad, y nosotros la rechazamos, la deshonramos o rehusamos someternos a ella, lo que estamos haciendo es resistir las imparticiones que Dios pretender darnos. Entiendo que los que ocupamos lugares de autoridad espiritual, no somos perfectos, no estamos en esa posición por perfección, o por haber alcanzado un grado de conocimiento total. Todos somos hermanos y todos estamos en procesos de evolución espiritual.

Es importante que tengamos esto muy en claro, y que la gente pueda ver que realmente es así. Las actitudes de superioridad no contribuyen para nada en el ejercicio de nuestros ministerios. Sin embargo, si actuamos con humildad, tal como corresponde, no sufriremos ninguna pérdida de nuestra autoridad.

Respecto de los hermanos, todos deberían vernos más allá de nuestra personalidad, y deberían honrar a Dios respetando nuestra gestión. No me refiero a una honra de atenciones personales hacia nosotros, sino hacia nuestra tarea. En mi caso, ejerzo el magisterio, y a la hora de enseñar es muy triste para mí, ver que algunos hermanos manifiestan desinterés al no participar de las enseñanzas, o aquellos que están presentes muestran indiferencia, hablando con otros hermanos, levantándose en todo momento, o simplemente mirando su móvil.

Creo que lo más importante para todo ministro es el respeto de los hermanos, valorando el trabajo que realizamos. Todo pastor desea que sus hermanos honren sus palabras y sus consejos, cuidando tomarlos con atención, poniéndolos por obra, y actuando en obediencia con verdadero compromiso espiritual.

Es demasiado frecuente, ver a los creyentes profesando sumisión a Dios, pero sin someterse a las autoridades delegadas por Él. Cuando estos hermanos actúan así, solo son engañados por sus equivocados razonamientos. No se puede honrar a Dios, ignorando a quienes Él pone para guiarlos a Su propósito.

Nosotros vivimos en este glorioso Pacto de gracia, pero eso no descalifica los ejemplos del Antiguo Testamento, porque es ahí, donde Dios demuestra crudamente las consecuencias del pecado; y respecto del liderazgo, vemos ahí claramente, el alto costo que pagaron aquellos que se rebelaron contra las autoridades establecidas por Dios.

Un claro ejemplo de esto fue el de Aarón y Míriam, quienes eran hermanos mayores de Moisés, hijos de Amram y Iojebed. En la familia, Moisés estaba bajo la autoridad de Aarón y de Míriam, pero en el llamado y en la obra de Dios, estos estaban bajo la autoridad de Moisés y eso fue algo, que ellos no aceptaron fácilmente.

Ellos no estaban de acuerdo con que Moisés estuviera casado con una mujer cusita o etíope, y por esa causa,

murmuraron contra Moisés, diciendo: “*¿Solamente por Moisés ha hablado Jehová? ¿No ha hablado también por nosotros?*” (Números 12:2). Los cusitas o etíopes eran un pueblo africano; eran descendientes de Cam, y ellos consideraron que no estaba bien que Moisés se casara con una mujer de ese linaje.

Al hablar en contra de Moisés, Míriam tocó la obra de Dios y, a pesar de todo lo que había visto de su hermano, menospreció su autoridad; por lo tanto, a Dios no le agradó esto. Moisés no respondió nada, ya que sabía que si él era la autoridad delegada de Dios, no había necesidad alguna de defenderse. Sin embargo, cuando el Señor escuchó a Míriam, se airó contra ella.

Dios los llamó a salir a la puerta del tabernáculo de reunión y les preguntó: *¿Por qué, pues, no tuvisteis temor de hablar contra mi siervo Moisés?* (Números 12:8), entonces sin esperar respuesta, el Señor demostró su ira. La nube se apartó del tabernáculo, y he aquí que Míriam quedó blanca en lepra.

Moisés intercedió y Dios la terminó perdonando, pero al menos estuvo fuera del campamento por siete días; y el pueblo no pudo avanzar hasta que Míriam se reunió con ellos (Números 12:15). Hoy no viviríamos algo como eso, porque estamos en un tiempo de gracia, pero esto no disminuye el disgusto del Señor, cuando escucha que alguien murmura y se rebela contra la autoridad que Él ha establecido.

Lo mismo ocurrió con la rebelión de Coré, quien pertenecía a la tribu de Leví, así como Datán y Abiram, quienes eran de la tribu de Rubén. A ellos se unieron doscientos cincuenta hombres de renombre con la intención de rebelarse contra Moisés y contra Aarón. Ellos directamente cuestionaron su liderazgo y le faltaron el respeto. Cuando Moisés escuchó las agraviantes palabras, no se enojó, sino que se postró delante de Dios, y no trató de defenderse.

Moisés les dijo, que el Señor aclararía todas las cosas, porque creía que todo el asunto se basaba en la elección y el mandato de Dios, no en lo que él pudiera opinar. Ellos pensaron que se oponían solamente a Moisés y Aarón, y no se percataron de que se estaban oponiendo directamente a Dios.

Ellos no tenían la intención de rebelarse contra Dios; al contrario, deseaban continuar sirviéndolo; solamente menospreciaron a Moisés y a Aarón. Pero Dios no estaba separado de la autoridad que Él mismo había establecido. En este caso, también fueron convocados por Dios, quien les dijo: ***“Apartaos de entre esta congregación, y los consumiré en un momento”*** (Números 16:21).

Moisés y Aarón se postraron sobre su rostro y dijeron: ***“¿No es un solo hombre el que pecó? ¿Por qué airarte contra toda la congregación?”*** (Números 16:22). Entonces Dios respondió a la oración de Moisés y Aarón, y juzgó solamente al séquito de Coré. Por eso, los israelitas no solo

escucharon las palabras de la autoridad delegada por Dios, sino que Dios mismo testificó delante de los israelitas, que Él, solo estaba aceptando la intercesión de dicha autoridad.

La tierra abrió su boca y se tragó a Coré, a Datán, a Abiram, a sus familias y todos sus bienes. Ellos cayeron vivos en el Hades. Hoy en día podríamos decir que ***“Las puertas del Hades no prevalecerán contra la iglesia”*** (Mateo 16:18). Pero es claro, que una rebelión fue capaz de abrir sus puertas. Los cristianos debemos tener mucho cuidado contra las rebeliones, porque el hecho de que, hoy en día, la tierra no trague a los rebeldes, no implica que no haya algunas consecuencias.

Tenemos otros ejemplos como el pecado de Saúl, que no obedeció las órdenes del sacerdote Samuel, o la del rey Uzías, que desobedeció a los sacerdotes de su tiempo. Ambos eran reyes y tenían autoridad delegada por Dios, pero solo para ser reyes, no para hacer lo que quisieran. Saúl ofreció holocaustos personalmente, y lo hizo antes del tiempo ordenado por Samuel, mientras que Uzías pretendió entrar al templo, para ofrecer incienso a Dios, sin respetar que esa era una tarea solo autorizada a los sacerdotes.

En el caso de Saúl, terminó perdiendo su reino, por esa desobediencia y por no matar a todos los amalecitas como se le había ordenado. En el caso de Uzías, también perdió su reinado, porque terminó leproso en una casa apartada, y viendo desde lejos como gobernaba su hijo Jotam. Las rebeliones no son gratis; puede que hoy no se sufran esas

consecuencias tan radicales, pero creo que hay una clara irreverencia contra las autoridades espirituales de hoy, y deberíamos tener mucho más cuidado. Incluso, todos los que ocupamos posiciones de liderazgo, debemos evitar pretensiones personales, y el tomar decisiones de forma apresurada, o sin temor alguno.

Todos debemos tener mucho cuidado de buscar primeramente una clara dirección de Dios, para no hacer lo que Él no determinó, y para ejecutar sus mandatos. Esta es una responsabilidad de los líderes y de todos los hermanos, quienes pueden ser guiados por los líderes, pero que también deben aprender a escuchar la voz del Señor.

Como hijos de Dios, no siempre recibimos una guía directa del Espíritu Santo. Hay ocasiones, en que el Señor nos habla a través de sus ministros. De hecho, creo que es necesario que encontremos un equilibrio en este delicado asunto. Hoy puedo ver que algunos hermanos, buscan exageradamente a los profetas para recibir una palabra direccional, mientras que otros, dicen que solo reciben la guía directa de Dios para sus vidas.

No debemos ser dependientes de una palabra de los ministros, ni solamente dependientes de que el Espíritu Santo nos haga saber Su voluntad, porque son cuestiones que deben trabajar juntas. Hay ocasiones en las que Dios nos puede hablar a través de uno de sus ministros, o de algún hermano cualquiera, mientras que otras veces, lo puede hacer

directamente a nuestro corazón, eso es algo que solo Él debe determinar.

Dios hace como quiere, y en ocasiones nos hablará en el escenario de nuestros pensamientos, otras veces a través de sueños, o incluso a través de las circunstancias. No debemos dar por sentada ninguna manera. Dios es soberano y hace como quiere. Solo debemos estar pendientes de que Él nos hable, y que lo haga tal como lo considere mejor.

Hay hermanos que siempre están buscando una palabra de sus líderes o de los predicadores invitados. Esta es una tendencia que puede evidenciar el deseo de encontrar una dirección de vida de parte de Dios; sin embargo, también envasa la liviandad de encontrar una palabra, sin tener que buscarla de manera íntima y personal.

Esto, lamentablemente, también es aprovechado por algunos ministros que controlan y se toman la atribución de dirigir la vida de los hermanos, haciéndolos dependientes de ellos y no de Dios. Nosotros no estamos para eso. Podemos guiar a los hermanos al discipularlos, podemos enseñarles, podemos darle un consejo bíblicamente, incluso podemos darles nuestra opinión ante algún tema personal, si es que nos requieren tal cosa, pero no tenemos ningún derecho de dirigir la vida de los hermanos, demandando obediencia a nuestras palabras.

En el Reino, el diseño de paternidad es clave, pero no como algunos lo enseñan, tomando una posición que ningún

hombre debe tener sobre sus hermanos. Debemos ser muy claros, y no dar lugar a dudas, de que el único Padre es Dios. De la misma forma, Él es el único pastor, el único maestro, el único profeta, el único evangelista y el único apóstol.

Lo que hace el Señor, es llamar soberanamente a algunos de sus hijos maduros y equiparlos con todo lo necesario para que ejerzan alguna de estas funciones. Estos dones de ascensión o ministerios, no son cargos de jerarquía eclesiástica o institucional. Puede que así sea como lo ve la mayoría de las personas, pero en el principio no fue así, y claramente deberíamos recuperar el diseño original.

Las diferentes instituciones capaces de regular y controlar el funcionamiento de la Iglesia, han sido, en todos los casos, inventos humanos. Pero, definitivamente, diría que no son parte de un diseño de Reino. Es cierto que, ante las intervenciones más perversas y los ataques más diabólicos contra la iglesia, han servido de control y protección, pero al final, diría que, con la misma intensidad, han servido para frenar la obra de Dios, o limitar Su gobierno.

Las funciones ministeriales no deberían ser ocupadas por hermanos que pretenden ostentar autoridad o poder, sobre el resto de los hermanos. Nadie debería utilizar la manipulación, la intimidación y la amenaza, para lograr obediencia; ni tratar de generar dependencia sobre sus decisiones. Los ministros no estamos para enseñorearnos de nuestros hermanos, ni somos superiores a ellos en nada.

Hay algunos ministros que, hoy en día, hablan mucho de paternidad, hablan de genética espiritual, de identidad, de sujeción, de honra, de fidelidad, y, al final, solo terminan controlando a los hermanos para beneficio de ellos mismos, o de los ministerios que ellos lideran. Enseñan sobre la casa, el ADN de la casa, los diseños de la casa, pero lo hacen en función de que nadie pueda ver más allá de sus cuatro paredes.

Todos los que trabajamos en el Reino sirviendo al Señor, solo somos canales o instrumentos para que Dios haga lo que desea hacer. Cumplimos funciones, pero el hacedor de todo debe ser el Señor; eso también nos debe mantener dependientes de Su voluntad, renunciando continuamente a nuestras intenciones o deseos.

Ningún pastor o líder, debería crear dependencia de los hermanos para con ellos mismos, y nadie debería actuar con dependencia absoluta para con sus líderes. Una cosa es el reconocimiento, la honra debida y la sujeción respetuosa por causa del llamado, y la unción que opera en esos líderes, pero dependencia total o definitiva solo es para Dios, y con los hombres, solo dentro de los ámbitos de la gestión que realicen.

Los líderes, por su parte, pueden generar dependencia en los primeros pasos de un convertido, pero ni bien comienzan a madurar, es necesario, en todos los casos, enseñarles a depender de Dios. Los padres naturales dan todo por sus hijos, y los preparan lo mejor que pueden para triunfar

en la vida, no los preparan para que les sirvan, ni para que siempre les estén produciendo ganancia para ellos.

En el Reino, la paternidad espiritual es parte del diseño, no hay dudas de eso, pero no para crear dependencia y control, sino para oficiar de canales por medio de los cuales, Dios puede brindar esa maravillosa virtud a sus hijos. Un verdadero padre espiritual lo dará todo por aquellos que Dios pone a su cuidado, jamás buscará el beneficio personal, ni someterá a nadie bajo su autoridad, sino que se entregará por completo al servicio de sus hermanos.

Todos debemos estar bajo autoridad espiritual, y todo debemos honrar y respetar a nuestros líderes. Debemos tomar sus consejos y escucharlos atentamente, porque Dios los utilizará en más de una ocasión para hablarnos, pero nuestros ojos, siempre deben estar puestos en Dios.

Si somos ministros, debemos servir a todos nuestros hermanos con los dones, los talentos y las capacidades que Dios nos ha dado. Debemos hacerlo, respetando el llamado personal, con temor y verdadera humildad. No debemos enseñorearnos de nuestros hermanos, ni pensar que somos jefes de ellos, solo somos hermanos mayores, o maduros, con autoridad de parte del Padre, para ayudarlos, sirviéndolos, no para controlarlos o dominarlos de ninguna manera.

Como dijo Jesús, somos llamados a servir, no a ser servidos (**Mateo 20:28**). No debemos buscar dependencia de forma deliberada, debemos enseñar a nuestros hermanos a

conectarse con el Señor, y debemos enseñarles a ser dependientes de Él. Nosotros debemos estar, ayudarlos y supervisarlos en todo lo necesario, pero no debemos procurar el control de sus vidas. El único que tiene esa asignación es el Señor, nuestro Rey.

“Cuiden ustedes de las personas que Dios dejó a su cargo, pues ellas pertenecen a Dios. Cuídenlas, como cuida el pastor a sus ovejas. Háganlo por el gusto de servir, que es lo que a Dios le agrada, y no por obligación ni para ganar dinero. No traten a los que Dios les encargó como si ustedes fueran sus amos; más bien, procuren ser un ejemplo para ellos. Así, cuando regrese Cristo, que es el Pastor principal, ustedes recibirán un maravilloso premio que durará para siempre”.

1 Pedro 5:2 al 4 BLS



Capítulo cinco

DEPENDENCIA PARA LA SANTIDAD

“Más bien, sean ustedes santos en todo lo que hagan, como también es santo quien los llamó; pues está escrito: Sean santos, porque yo soy santo”.

1 Pedro 1:15 y 16

Demandar santidad a los hijos de Dios, sin enseñarles a vivir en dependencia del Espíritu Santo, quien es, el que hace posible la vida en santidad, es un absurdo acto de ignorancia espiritual. Lo único que puede producir una demanda semejante, es hermanos totalmente frustrados, o simplemente religiosos, pero no verdaderamente santos.

El Nuevo Pacto demanda santidad, porque otorga santidad, no porque espera que simplemente tengamos el compromiso de generarla. Sin regeneración, no podemos vivir en el nuevo hombre, y sin vivir en Cristo, no hay acceso al Pacto. Sin embargo, si accedemos a Él por la gracia, también accedemos al Nuevo Pacto.

El nuevo hombre es Cristo, y nosotros somos miembros de Su cuerpo. Él es Santo y nosotros somos santificados en Él. En Cristo recibimos la vida y la ministración de Su Espíritu Santo. Él es el que produce en nosotros el querer como el hacer por Su buena voluntad (**Filipenses 2:13**). El diseño del Reino, no está basado en lo que nosotros podamos hacer para Dios, sino en lo que Dios puede hacer en nosotros, y a través de nosotros.

“De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo”.

Romanos 7:17 y 18

Lo que Pablo plantea en este pasaje, no fue solo en una etapa de su inmadurez espiritual, tal como algunos maestros proponen. Yo entiendo que quieren exculpar a Pablo de la debilidad del pecado, pero el apóstol no estaba escribiendo en tiempo pasado. Este es un problema con el que lidiamos todos los cristianos, más allá de toda inmadurez espiritual, y lo mejor que podemos hacer, es sincerarnos como Pablo, y apelar a la gracia, que es la que nos otorga lo que nosotros no tenemos, ni podemos generar.

Cuando vivíamos en la oscuridad, pecado no solo era nuestra manera de vivir, sino lo que es peor, nuestra naturaleza. Sin embargo, tampoco lográbamos comprender este mal. Es decir, sufríamos el vacío existencial interno, producido por la carencia de la vida de Cristo, y sufríamos

constantemente las consecuencias de nuestros impulsos internos, que simplemente fluían como una inevitable condición. Por supuesto, al estar sin luz, no podíamos comprender, ni acceder a respuestas lógicas respecto de ese mal.

Es obvio que vivir así, nos producía constantes problemas. El esfuerzo por salir adelante, podía generarnos pequeños éxitos naturales, pero el flagelo de la condición pecaminosa, nos hacía retroceder, aunque toda nuestra intención, estuviera enfocada en avanzar cada día un poco más. Vivir sin Dios, aunque decíamos creer, era nuestro gran drama, y sigue siendo el mal de todo ser humano, no alcanzado por la gracia soberana del Señor.

Al conocer a Dios, recibimos la gracia de Su vida y Su vida es la Luz que nos alumbró el entendimiento. De pronto, llegamos a comprender nuestra terrible condición, y lo aborrecible que es el pecado para Dios. En primer lugar, porque por primera vez, podemos sentir Su santa naturaleza, y nos damos cuenta de que el pecado es lo opuesto a Su esencia.

El salmista describe de la siguiente manera, el odio que Dios tiene por el pecado: ***“Porque tú no eres un Dios que se complace en la maldad; El malo no habitará junto a ti”*** (Salmo 5:4). Entonces, llegamos a comprender por qué motivo vivíamos alejados de Su presencia, y por qué motivo, aunque tal vez decíamos creer en Él, en realidad no lo conocíamos.

La santidad de Dios, es uno de sus atributos más sublimes (**Isaías 6:3**). Su santidad personifica su perfección moral y la completa ausencia de cualquier contaminación (**Romanos 9:14**). Es por eso que no puede tener ningún tipo de comunión con quienes viven en la inmundicia del pecado. De hecho, la Biblia lo califica como nuestra podrida llaga (**Isaías 1:6**), nuestra irremediable contaminación (**Tito 1:15**), y nuestra constante oscuridad (**1 Juan 1:6**).

“Pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír.”

Isaías 59:2

El pecado produce una inevitable separación entre Dios y los hombres. Él no solo aborrece al pecado como fruto, o resultado de la condición humana, sino que además, aunque muchos pretendan disfrazar esto, Dios aborrece a quienes practican el pecado. En realidad, eso de que Dios odia al pecado, pero ama al pecador, solo fue una frase de Mahatma Gandhi, pero no es un concepto bíblico.

De hecho, la Palabra de Dios, que es la única verdad, dice: *“Porque tú no eres un Dios que se complace en la maldad; El malo no habitará junto a ti. Los insensatos no estarán delante de tus ojos; aborreces a todos los que hacen iniquidad. Destruirás a los que hablan mentira; Al hombre sanguinario y engañador abominará Dios”* (Salmos 5:4 al 6). También dice que: *“Abominación son a Dios los perversos de corazón; Más los perfectos de camino le son*

agradables” (Proverbios 11:20). También encontramos Su ira, frente a los constantes comportamientos pecaminosos: ***“Dios es juez justo, Y Dios está airado contra el impío todos los días” (Salmos 7:11).***

No veo en estos pasajes, que Dios considere a los hombres como víctimas de la condición pecaminosa, sino como responsables de la misma. Esto no significa que Dios sea cruel, Dios debe abominar al pecado y al pecador, porque Él es Santo y Justo, sino fuera así, tendríamos una grave incongruencia. Dios es juez justo, por lo tanto, aborrece al pecador y a sus acciones.

Debemos aprender a conocer a Dios según la Biblia lo revela, tan amoroso como si no tuviera ira, y tan airado como si en realidad no fuera amoroso. En las Escrituras lo vemos matar a los pecadores sin perdón, y lo vemos amar sin pedir permiso, ni explicar Su amor. Dios juzgará a las naciones, Su ira se desatará sobre las naciones de la tierra, y no mandará el pecado al infierno, sino a todos los pecadores.

Si nosotros no comprendemos esto, vamos a pretender que Dios entienda nuestros sentimientos, y Él no tiene en sus planes justificarnos sin condena. El pecado nos condenó a muerte, y por eso Jesucristo fue crucificado. La gracia nos otorga la justificación, tan solo porque la condena fue cumplida. Si en verdad queremos saber lo que Dios opina del pecado y del pecador, deberíamos observar la cruz desde otro enfoque.

Si Jesús fue dejado solo en esa cruz, es porque el pecado produce separación con Dios. Solo la muerte pudo terminar con el problema del pecado. Pensar que Dios nos perdona, y no comprender la cruz, es un gran acto de ignorancia. La ira de Dios estuvo presente en el Calvario, no fueron los romanos, fue el Padre el que permitió que Jesús cumpliera con la inevitable condena de todos los pecadores.

“El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él”.

Juan 3:36

Cuando hoy en día, vemos el desenfrenado comportamiento de los pecadores, no podemos decir: *“Bueno, ellos se comportan así, pero Dios los ama...”* Tal como si una mirada compasiva de Dios, se apiadara de todos, esperando que lo entiendan. La verdad es que: ***“Dios es juez justo, Y Dios está airado contra el impío todos los días”*** (Salmos 7:11).

Seguir diciendo que Dios salva a los pecadores encierra una falta de comprensión del evangelio. En realidad, Dios mató a los pecadores en Cristo. A los que salva, es a los renacidos como santos. Cuando el Señor le dijo a Adán que si comía de la fruta prohibida ciertamente moriría (**Génesis 2:17**), lo hizo porque no hay nada peor que un pecador eterno.

Es por eso, que a los pecadores nos mató en la cruz, y a los que no han pasado por esa cruz, tal como nosotros, los

juzgará en Su venida. ***“Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia”*** (Efesios 5:6). La paga del pecado es muerte, y no hay otra sentencia posible. O morimos en la cruz del Calvario, o moriremos en el juicio final, pero ningún pecador puede ser librado de la muerte.

Es verdad que Pablo dijo, que la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús, nos ha librado de la ley del pecado y de la muerte (**Romanos 8:2**). Es que, ciertamente, somos librados de la naturaleza pecaminosa y de la condena de muerte eterna, pero esa expresión, está sujeta al hecho de que ya fuimos condenados por la ley del pecado, y ya pagamos con la muerte en la cruz del Calvario. Lo que ocurrió fue que, en lugar de presentarnos nosotros a esa ejecución, se presentó Jesús en nuestro lugar.

“Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia...”

Romanos 3:23 al 25

En la cruz, Jesús llevó nuestros pecados sobre sí mismo. Él pagó el castigo que nosotros merecíamos. Llegó a ser nuestro sustituto. En la cruz se cumplió la justicia de Dios, y a la vez se cumplió Su amor (**1 Juan 4:10**). Entonces dijo Jesús, ***“Consumado es”***. Inclino la cabeza y entregó el espíritu. Acá no veo a Dios tratando de preservar o salvar este

mundo contaminado por el pecado; sino que en Cristo lo estaba juzgando para crear uno nuevo (**Apocalipsis 21:1**).

La ira de Dios por el pecado de este mundo, fue derramada sobre Jesús y satisfecha en la cruz. Sin dudas, la propiciación es el corazón del evangelio, y es la llave para comprender el diseño del Reino. La propiciación significa que, a pesar de que la ira de Dios será derramada al final sobre aquellos que lo rechazan, Él nunca estará enojado con quienes ya vivimos en Cristo. Si hemos recibido la gracia de Dios, podemos llegar a ser disciplinados por Su amor (**Hebreos 12:6 y 10**), pero nunca recibiremos la ira de Dios, porque Jesús sufrió ese castigo sobre Él mismo en la cruz del Calvario.

“¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?”

Romanos 6:16

El pecado es una barrera para nuestra recepción de la vida, y esa es una razón por la que Dios lo aborrece. Sin embargo, así como recibimos la justificación por gracia, debemos sostener una vida de santidad por el mismo canal. Si no pudimos resolver el problema de nuestra naturaleza pecaminosa, tampoco podemos resolver el problema de su expresión. También necesitamos dependencia para eso.

Como creyentes, debemos odiar el pecado como lo hace Dios. Somos ***“hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas”*** (1 Tesalonicenses 5:5). Debemos reconocer que Dios nos ha apartado; somos ***“una nación santa, un pueblo que le pertenece a Dios”*** (1 Pedro 2:9). No pudimos alcanzar una naturaleza santa por nuestra propia cuenta; sin embargo, Dios nos dio su Espíritu Santo para santificarnos (2 Tesalonicenses 2:13). Y también tenemos Su promesa de que Él mismo nos otorga la victoria, respecto de nuestra lucha contra el pecado (1 Corintios 1:8).

“Y el mismo Dios de paz, os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo”.

1 Tesalonicenses 5:23

La obra de la completa santificación es un don; no es una recompensa. Es decir, es un regalo, algo que Dios nos otorga gratuitamente. Lo que recibimos como fruto de nuestro trabajo es un pago, pero lo que recibimos gratuitamente sin realizar ninguna labor es un don.

En el Nuevo Pacto, recibimos la santidad sin que provenga del fruto de nuestro esfuerzo, no necesitamos ganarla, sino creer para recibirla. La vida de Reino, se vive por fe, y todo es otorgado por gracia. Eso nos debe generar dependencia, no esfuerzo basado en buenas intenciones.

Así como Cristo murió por nosotros, Él debe vivir en nosotros y a través de nosotros. El apóstol Pablo escribió:

“Pues si por el delito de uno solo, reinó la muerte por aquel uno, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia” (Romanos 5:17).

La vida santa y perfecta, no se produce por medio de nuestros propios esfuerzos; es exclusivamente una obra de Dios. Entiendo perfectamente que los hermanos, procuren esforzarse en ser más santos, pero es ahí, cuando muchos cometen el error; ya que la santificación sin la obra del Espíritu Santo producirá frustración, o religiosidad afincada en el orgullo, dependiendo de los supuestos resultados.

Digo “supuestos”, porque el buen comportamiento producido por el esfuerzo humano, no necesariamente es un verdadero fruto de la santificación. Cuando el Señor hace la obra, todo se produce de manera genuina desde lo profundo de nuestro ser, pero cuando es generada por el esfuerzo humano, suele evidenciarse buena conducta, cuando en realidad el pecado sigue sin resolverse internamente.

Es decir, un hermano puede pensar que está venciendo una conducta viciosa, o un problema de carácter, y puede que lo haga durante un tiempo, pero si está conteniendo su impulso con gran esfuerzo, solo lo hará hasta que en un momento no pueda retener su acción, y entonces fallará. Al hacerlo, se sentirá muy mal, y se frustrará por su impotencia. Aun así, hay líderes que le enseñarán a sobrellevar la culpa, y volverlo a intentar una y otra vez, en lugar de enseñarle a

gestionar su santidad, desde el accionar y el poder del Espíritu Santo.

Esto ocurre, en realidad, porque tal hermano, no conoce otra manera de hacerlo, porque ama a Dios y porque en verdad desea agradarlo. El problema es que estará tratando de educar su naturaleza pecaminosa para que obedezca, pero no será Dios quien esté haciendo su obra. Es por esto, también que, en lugar de tener espontáneamente una vida de alabanza, solo sentirá el peso del cristianismo.

Este hermano tomará ese supuesto peso como el costo de una vida santa, pero en realidad es al revés. En el Nuevo Pacto, la gracia otorga la santidad, y luego la demanda, justamente porque la otorgó. Lo que debemos hacer, es recibir esa gracia, no tratar de ser santos con nuestras propias fuerzas. El evangelio se vive por fe, no por fuerzas personales.

Esto, seguramente le suena a la mayoría como algo extraño, y puede que se estén preguntando: ¿Algo tendremos que hacer? Sí, claro que sí, debemos gloriarnos en nuestras debilidades (**2 Corintios 12:9**), reconociendo que no podemos vencer al pecado, a menos que Dios obre sobrenaturalmente, y en tal caso, el único glorificado es Él.

Hay hermanos que tienen cierto dominio propio que es personal, y no me estoy refiriendo al dominio propio que produce el Espíritu del Señor. Lo que digo, es que antes de conocer al Señor, algunos ya eran disciplinados y decididos

en lo que determinaban. Estos hermanos, cuando reciben la gracia del evangelio, confunden fácilmente esas capacidades con el obrar divino, y se sienten bien por eso, pero solo hasta que fallan, y luego viene la frustración.

Las capacidades que tienen son absolutamente carnal, pero ellos la consideran espiritual. Se glorían en poder vencer ciertos comportamientos pecaminosos, incluso suelen juzgar a los hermanos como si fueran gente que no ponen voluntad en sus vidas de fe, o que no aman a Dios lo suficiente como para cambiar sus conductas, pero no es así, los carnales son ellos, solo que no logran percibirlo.

Hay muchas personas, que sin conocer al Señor, pueden llegar a tener vidas relativamente ordenadas, pero eso no los hace mejores ante Dios. Hay algunos que llegan al Reino como esa prostituta que se arrojó a los pies de Jesús. Ella no se consideraba digna de nada, solo adoró al Señor, reconociendo su culpa y su pecado; sin embargo, hay otros que llegan a Dios como el joven rico. Llegan creyendo que están bastante bien, y que si algo les falta, pueden cambiarlo por amor, y aunque eso parezca muy respetable, no es la mejor actitud, ni la más útil para acceder a la vida del Reino.

En realidad, cuando el joven rico le dijo a Jesús que guardaba todos los mandamientos, y le preguntó a Jesús qué le faltaba, el Señor le dijo que vendiera todo lo que tenía y que se lo regalara los pobres (**Marcos 10:21**). El joven se fue muy triste y sin entender. Jesús ciertamente lo amó, pero lo

que estaba tratando de que comprendiera, es que a todos nos falta algo.

El mayor error de un cristiano, es creer que no le falta nada, o que está haciendo todas las cosas bien para Dios. En realidad, todos tenemos algunas debilidades, todos tenemos algunos pecados por vencer, y la única manera de vivir en la gracia, sin caer en la religiosidad, es reconocerlo, no tratar de solucionarlo con nuestras fuerzas, o tratar de disimularlo ante Dios como si todo estuviera bien.

Debemos confesar ante Su presencia, debemos reconocer que tenemos debilidades y pecados de mente, de corazón o de hechos, que necesitamos vencer, y que no somos capaces de hacerlo por nosotros mismos. A su vez, debemos reconocer que el Señor es el único que puede lograrlo. Nosotros no podemos, somos incapaces en nosotros mismos. Debemos reconocer nuestras limitaciones, para vivir la realidad de la obra consumada en Cristo y la operación del Espíritu Santo.

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo”.

Gálatas 2:20 y 21

No es nuestro cumplimiento de la Ley lo que nos salva, sino la obra consumada de Cristo. No somos nosotros portándonos bien para agradar a Dios, sino que es Cristo quien agrada al Padre, y en Él vivimos para tener acceso a Su gloria. No somos nosotros los que podemos vencer al pecado para honrar a Dios, sino que es Cristo en nosotros el que puede hacer lo que nosotros no podemos. Es por esto, que necesitamos ser dependientes de toda Su obra, no solamente de la salvación, sino también la de la santificación.

“Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén”.

Hebreos 13:20 y 21



Capítulo seis

DEPENDENCIA FINANCIERA

“Sólo dos cosas te pido, Señor; no me las niegues antes de que muera: Aleja de mí la falsedad y la mentira; no me des pobreza ni riquezas sino sólo el pan de cada día. Porque teniendo mucho, podría desconocerte y decir: ¿Y quién es el Señor? Y teniendo poco, podría llegar a robar y deshonorar así el nombre de mi Dios”.

Proverbios 30:7 al 9 NVI

Los capítulos **30** y **31** del libro de **Proverbios**, no fueron escritos por el rey Salomón, y este pasaje específicamente, fue escrito por Agur, un personaje poco conocido, considerado como el primer filósofo gentil, quien expresa en sus escritos, las inevitables consecuencias del orgullo fuera de lugar, y del irónico éxito de los verdaderamente humildes.

Agur comienza enumerando lo que no sabe, o exponiendo su ignorancia, en una serie de preguntas retóricas

(Proverbios 30:2 al 4). Agur hace esto, admitiendo que las palabras de Dios, son las únicas palabras que siempre resultan ciertas. Cualquier intento orgulloso de aumentar la sabiduría de Dios, será por siempre, considerado como una tontería **(Proverbios 30:6).**

En sus escritos, Agur en forma de oración, le pidió a Dios que lo hiciera feliz con una vida humilde, una vida sin pobreza y sin riqueza. Agur consideró que tener demasiados bienes, o tener muy pocos recursos materiales, podía alejar su corazón de Dios, por lo que le pidió que lo liberara de cualquiera de las dos tentaciones **(Proverbios 30:7 al 9).**

Esto es un claro contraste con Salomón, quien escribió la mayor parte del libro de proverbios, y que fue un hombre extremadamente rico, y extraordinariamente sabio. Salomón tuvo la sabiduría que Agur dice no tener, y tuvo la riqueza que Agur pide que no llegue a sus manos. Tal vez, Agur conoció a Salomón y supo que fue el hombre más sabio de la tierra, y que teniendo todo, terminó sus días comportándose como un ignorante.

La conclusión de Agur puede haber sido la siguiente: *“Si Salomón, siendo el hombre más sabio de la tierra, se corrompió por tener mucho, cuanto más puede pasarme a mí, siendo un hombre relativamente ignorante...”* Esto no lo aclara el escritor, y solo es una consideración personal, que puede o no, ser ajena a la verdad acontecida; pero de lo que no tengo dudas, es que las riquezas pueden ser peligrosas.

El mucho tener, no es para los ignorantes. Incluso, como dice Agur, es mejor no tener, que tener y no saber manejarlo. En mi opinión, las finanzas son mucho más espirituales de lo que muchos creen. De hecho, debo reconocer, como maestro, que a la hora de enseñar sobre finanzas, de manera casi inevitable, colisiono con la oposición de los necios que simplemente rechazan lo que no entienden.

Hay hermanos, que ni bien se menciona la palabra finanzas en la Iglesia, cambian su cara, fruncen su seño y hacen muecas hostiles, rechazando todo lo que se pretenda enseñarles, porque lo creen vano o pecaminoso. No les gusta que se hable de finanzas en la Iglesia, lo consideran un tema carnal, que solo conduce a la codicia. Rechazan todo desde una postura hostil, religiosa y absolutamente necia.

Supongo que se nota, mi indignación al respecto, pero aclaro esto con mucha sinceridad. Quienes se rasgan las vestiduras al hablar de finanzas, quienes dicen que no deberíamos enseñar sobre cuestiones materiales, son los mismos que necesitan recursos para vivir, son los mismos que necesitan de vivienda, comida, ropa y dinero para cumplir con sus compromisos de pago. Es más, suelen ser los que más se frustran o se enojan cuando la situación financiera no los acompaña.

Yo procuro enseñarles sobre este tema, teniendo como referencia la expresión de la cruz. Esto no lo hago pretendiendo espiritualizar el tema, sino para que todos

puedan recordar fácilmente la enseñanza. Si observamos los maderos que componen una cruz, veremos que uno es ubicado de manera vertical y el otro de manera horizontal. Sugiero tomar estas direcciones para definir valores, virtudes, demandas, compromisos, necesidades y obligaciones.

Es decir, sugiero tomar lo vertical, como todo lo que implique nuestra comunión, ascendente y descendente con Dios; y tomar lo horizontal, como todo aquello que implique nuestra gestión de vida con el prójimo. Al observarlo de esta manera, encontraremos la esencia de la Ley, mencionada por Jesús:

“Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Respondió Jesús: Este es el primero y el más importante de los mandamientos.

El segundo se parece a este:

Ama a tu prójimo como a ti mismo”

Mateo 22:37 al 39

Aquí podemos notar claramente las direcciones del madero, señalando las intenciones de la Ley. Amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente, es una cuestión vertical, y amar al prójimo como a nosotros mismos, es una cuestión de vida horizontal. De hecho, una persona puede tener una comunión muy sentida con el Señor, pero al mismo tiempo, puede vivir con gran indiferencia, respecto de las necesidades del prójimo.

De manera contraria, una persona puede ocuparse mucho de las necesidades humanas, pero descuidar absolutamente su comunión íntima con Dios, lo cual, sin dudas, le puede generar un peligroso desequilibrio emocional. Si deseamos avanzar a la plenitud de vida, necesitamos cuidar nuestro enfoque y nuestras acciones, tanto verticales, como horizontales.

La pregunta sería: ¿Qué tiene que ver esto con las finanzas? Bueno, esto es aplicable a todo, pero en el caso de las finanzas, es muy contundente, porque para nuestra expresión vertical no necesitamos finanzas como algo vital, y esto es lo que muchos hermanos confunden. Enseñar finanzas en la Iglesia, no tiene ningún fundamento vertical.

Sin embargo, para nuestra expresión horizontal, las finanzas son absolutamente necesarias. Es decir, nosotros podemos vivir en Cristo, orar, adorar, alabar, ser salvos y no tener una sola moneda, con lo cual, puede que tengamos algunas necesidades naturales, pero espiritualmente no estaremos impedidos de nada, y puede que incluso, estemos llenos del Espíritu Santo y de toda bendición espiritual.

Es decir, que si alguien desea una buena comunión con Dios, no necesita finanzas, ni enseñanzas sobre cómo obtenerlas. Podemos plantear que el tener, nos permite ofrendar a Dios generosamente y honrarlo con nuestros bienes, o incluso, podemos plantear que hay recursos que son necesarios para la planificación misionera, para la apertura de obras, para la difusión del mensaje evangelístico en

medios de comunicación, o para un desarrollo de actividades con excelencia, pero de todas maneras, alguien podría espiritualizar esto, y decir que, si no tuviéramos un solo centavo, igualmente podríamos sostener una buena comunión espiritual con el Señor.

No ocurre lo mismo cuando observamos nuestra gestión de vida horizontal. En el sistema de vida actual, la falta de recursos es verdaderamente destructiva, dañina y letal. Es decir, no tener recursos nos impide vivir dignamente, no tener un hogar, ni comida, ni ropa, ni atención sanitaria, ni educación para nuestros hijos. Sin recursos, no podemos vivir dignamente, ni ayudar a nadie; por lo cual, sería muy egoísta, decir que no debe importarnos el dinero.

En un mundo lleno de gente absolutamente necesitada, rechazar la posibilidad de tener recursos de parte del Reino, no es un acto de humildad, es un acto estúpidamente religioso. No hay peor egoísta que aquel cristiano que pudiendo prosperar dice que no le importa el dinero, ni las cosas materiales. Debería importarnos porque el apóstol Pablo enseñó:

“Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos”.

2 Corintios 8:9

En el contexto de este pasaje, Pablo estaba exponiendo las razones por las cuales les estaba pidiendo a los hermanos de Corinto, que contribuyeran con sus ofrendas o donaciones. El apóstol estaba hablando de finanzas, no solamente de riquezas espirituales. Una cosa no descalifica a la otra, las finanzas son necesarias para la consumación del propósito de la iglesia en una sociedad como la presente.

A muchos le sorprenderá saber esto, pero la Biblia tiene unos casi dos mil cuatrocientos versículos que hacen referencia directa o indirecta al dinero y las posesiones materiales. Además, de las treinta y ocho parábolas de Jesús, dieciséis tienen que ver con las posesiones y el manejo financiero. De hecho, en el Nuevo Testamento se estima que casi un veinte por ciento de todos los versículos, hacen referencia a este tema de las riquezas y los tesoros terrenales.

Nosotros no debemos depender del dinero, nosotros dependemos de Dios y de los recursos que Él nos enseñe a generar y administrar. No debemos buscar, ni pretender finanzas de la manera en que la gente sin Dios lo procura. Nosotros somos del Reino, y en el Reino no necesitamos dinero verticalmente hablando, pero en la expresión del Reino, no hay dudas, de que necesitamos recursos de manera horizontal.

Dios es dueño de todo lo que existe (**Salmo 104:24**), los bienes materiales, no son malos en sí mismos. Además, Dios mismo le dio a su pueblo la capacidad para producir riquezas (**Deuteronomio 8:18**). Lo único que les pidió, fue

que no se olvidaran que Él se las estaba otorgando, que no llegaran a pensar que todo lo que obtendrían y disfrutarían al entrar en la tierra prometida, lo conseguirían con su propio esfuerzo (**Deuteronomio 8:17**).

Es decir, Dios no tiene problema con darnos riquezas, ni tiene problema con el hecho de que las disfrutemos (**Eclesiastés 5:19**), lo que Él nos pide, es que no ignoremos que es Él, quien nos permite poseer, o nos otorga el poder financiero; ya que este poder, primeramente es para la consumación de Su propósito, no para satisfacer absurdas vanidades.

Dios desea otorgarnos el poder para generar riquezas, porque el dinero sirve para todo (**Eclesiastés 10:19**), y Él sabe que en nuestra expresión de vida horizontal, lo necesitamos continuamente. Ahora bien, lo primero que necesitamos para que ese poder de Dios sea liberado sobre nuestra vida, es enfocarnos correctamente.

La batalla de la vida es por la mente, la batalla de la mente es por el enfoque, y ante **Deuteronomio 8:18** debemos enfocarnos correctamente, ya que este prometedor pasaje, no dice que Dios nos dará riquezas, dice que Dios es el que nos da el “poder” o la fuerza para crear las riquezas.

Muchos cristianos cuando leen este pasaje se enfocan en las riquezas, y creen que Dios está prometiendo dárselas abundantemente. Sin embargo, Dios estaba hablando de poder para generarlas. No debemos enfocarnos en las

riquezas, de hecho Salomón nos enseña claramente que ese no es el enfoque correcto.

*“No te afanes por hacerte rico;
Sé prudente, y desiste. ¿Has de poner tus ojos en las
riquezas, siendo ningunas? Porque se harán alas
Como alas de águila, y volarán al cielo”*

Proverbios 23:4 y 5

Los hermanos generalmente actúan de dos maneras: Algunos esperan que las riquezas simplemente lleguen a sus vidas enviadas por el Señor, y otros las persiguen con desesperación utilizando sus promesas; sin embargo, no debemos hacer ninguna de estas dos cosas. Lo correcto, es enfocarnos, perseguir y adorar solamente a Dios, a la vez que no debemos ser pasivos, sino ungidos, sabios, prudentes, preparados y entendidos en cómo administrar recursos, entonces Dios potenciará nuestro ser para que las riquezas necesarias para la consumación de Su propósito, vengan a nuestras vidas.

Debemos enfocarnos en Dios, porque las riquezas no son dignas de nuestra devoción. Si nos enfocamos en Dios, Él nos hará poderosos en Cristo, ya que ser poderosos, entre otras cosas, significa ser “Productivos”. Esto de ser productivos, tiene que ver con el poder de fructificar y multiplicar, conforme el Señor le había dicho a Adán en el Edén (**Génesis 1:28**). Adán, por causa del pecado, perdió esta gran virtud, pero Cristo la recuperó para nosotros.

Si nos enfocamos mal, viviremos dependientes del dinero. Hay hermanos que se levantan muy temprano, haga frío o calor, invierten los mejores años de sus vidas, a cambio de dinero. Dicen que no les importa el dinero, pero tienen su tiempo y su salud invertidos en el trabajo. Ellos dicen que Dios es lo más importante para ellos, pero curiosamente muchos de ellos, dicen no tener tiempo para servirlo en ningún momento.

Debemos depender del Señor, no de nuestro trabajo natural. Es cierto que debemos trabajar responsablemente, pero el primer lugar, siempre debe ser para Dios. Luego debemos ser dadivosos, porque los recursos, no son todos para retener, sino para dejar correr, conforme a la voluntad del Señor (**Proverbios 11:24**).

También debemos capacitarnos en los principios espirituales del dinero, y en los principios para la buena administración. Si pretendemos que Dios nos otorgue el poder para generar riquezas, debemos actuar con sabiduría, porque la sabiduría espiritual, es el portal para acceder a las riquezas. De hecho, nuestra sabiduría es Cristo, y Él, hablando en primera persona, dijo:

*“Conmigo está el consejo y el buen juicio;
Yo soy la inteligencia; mío es el poder.
Por mí reinan los reyes,
Y los príncipes determinan justicia.
Por mí dominan los príncipes,
Y todos los gobernadores juzgan la tierra.*

*Yo amo a los que me aman,
Y me hallan los que temprano me buscan.
Las riquezas y la honra están conmigo;
Riquezas duraderas, y justicia.
Mejor es mi fruto que el oro, y que el oro refinado;
Y mi rédito mejor que la plata escogida.
Por vereda de justicia guiaré,
Por en medio de sendas de juicio,
Para hacer que los que me aman tengan su heredad,
Y que yo llene sus tesoros”.*
Proverbios 8:14 al 21

Si una persona es muy consagrada y ungida, pero no tiene ni idea de cómo administrarse, y tampoco se prepara para eso, no podrá prosperar a la manera de Dios. Por otra parte, si una persona es un genio en finanzas, pero ignora a Dios, o es superficial en su comunión, no alcanzará las finanzas de Reino, es decir, puede llegar a tener dinero, pero no bendición de Dios.

*“La bendición de Jehová es la que enriquece,
Y no añade tristeza con ella”*
Proverbios 10:22

El poder para las riquezas del Reino, también vendrá a nuestra vida, cuando trabajemos diligentemente y aprendamos como manejar y ser responsables con lo que ganamos. Una persona que es diligente y hábil en lo que hace, siempre producirá más que la que no lo es, de hecho causa

desagrado al Señor, ver que sus hijos dan mal testimonio, en trabajos mal realizados, o en actitudes de irresponsabilidad.

Hay hombres, que poseen grandes riquezas, y muchos de ellos, las generaron sin el consejo de Dios. Esas personas no tienen mucho conocimiento de las verdades divinas, y, sin embargo, sin saberlo, suelen seguir principios eternos que les ayudan a crear riquezas. Es decir, los principios escritos en la Palabra de Dios, siempre producen resultados, sin importar si los ponen por obra los hijos de Dios, o personas que no lo son, ya que a todos les pueden funcionar. La gran diferencia es si la bendición está operativa o no.

Dios no impedirá que un impío prospere utilizando principios de Reino, pero no permitirá que un hijo suyo prospere, tratando de utilizar esos principios con un corazón no alineado. El motivo es porque el Señor nos ama y prioriza nuestra condición espiritual, a nuestra condición financiera.

El gran tema con el Señor es que a ninguno de sus hijos, les otorga muchos recursos de la noche a la mañana. El Señor primeramente nos procesará para que alcancemos madurez espiritual. Esa madurez será producida a través de varios aprendizajes de vida, que en algunos casos pueden confrontarnos o dolernos. Por eso, si leemos atentamente todo el capítulo de **Deuteronomio 8**, veremos que el Señor, antes de darle poder a su pueblo para generar riquezas, les probó los corazones. Las riquezas sin proceso, son como la gente sin proceso, generalmente no perduran en su propósito.

***La fortuna que se adquiere de repente no dura,
el que la administra a su ritmo la aumenta.***

Proverbios 13:11 (BL95)

Si entendemos los procesos, si somos aprobados y alineamos nuestro corazón a la perfecta voluntad de Dios, el poder para las riquezas vendrá, porque Dios es mucho más generoso de lo que muchos suponen, Él no tiene problema con darnos, solo necesita que cultivemos un corazón entendido como lo pidió Salomón, y en tal caso, el poder simplemente vendrá.

Demostremosle a Dios, que dependemos de Él, no de las finanzas. En ese caso, todos los recursos que tengan que venir a nuestras manos, vendrán por causa de estar caminando en Su propósito, no en nuestros planes. Que el primer lugar de nuestras vidas sea siempre para el Señor, no para el trabajo o para los recursos que podamos generar. Debemos tener en claro, que el poder para producir riquezas, no es el de un oficio, un negocio, una empresa, o una profesión. En el Reino, el poder para generar riquezas proviene del Señor, y nuestra dependencia solo debe ser hacia Su señorío.

“Ten cuidado de no decirte a ti mismo: Mi fuerza y mi propio poder han obtenido esta riqueza para mí”.

Más bien recuerda al Señor tu Dios, porque él es quien te da el poder para obtener riqueza...”

Deuteronomio 8:17 y 18

Capítulo siete

FE ES DEPENDENCIA

“Porque todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe”.

1 Juan 5:4

Una de las cosas que siempre enseñó respecto de la fe, es su legalidad. Generalmente, en la Iglesia se considera la fe como algo más emocional que legal. Nos han enseñado a asociarla con lo que creemos y no necesariamente con lo que Dios está diciendo, pero fe, no es creer en lo que deseamos, ni en lo que pensamos, sino en lo que Dios establece a través de Su voluntad.

En el Reino, nada funciona fuera de la voluntad de Dios, y fe es creerle a Dios, no creer que podemos recibir algo porque simplemente lo deseamos. El apóstol Pablo dijo, que la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios (**Romanos 10:17**). No hay fe si primeramente no logramos oír lo que Dios nos está diciendo. Lo cual no implica solamente conocer versículos.

Algunos hermanos toman un versículo, se aferran a él y lo hacen su estandarte para conseguir lo que desean, pero la Palabra no fue escrita para funcionar de esa manera. Todos tenemos acceso a la Biblia, pero no todos podemos apropiarnos de una determinada Palabra de Dios. Entiendo que este concepto pueda parecer muy desafiante, y ciertamente lo es, pero no puedo dejar de incluirlo.

Trataré de explicarlo de la siguiente manera: Biblia es un término procedente de la palabra griega “*biblíon*” que significa rollo, papiro o libro. La Biblia contiene la Palabra de Dios, pero solo puede convertirse en luz, a través de la revelación del Espíritu Santo que la inspiró. Cualquiera puede leer la Biblia, pero no cualquiera puede tocar la Palabra viva de Dios, que es Cristo.

Cuando el Espíritu Santo vivifica la Palabra, recibimos vida y luz, cuando no lo hace, la letra solo produce muerte (**2 Corintios 3:6**). Al expresar esto, no menosprecio el texto, tal como algunos teólogos piensan. No estoy considerando interpretaciones místicas, sino que estoy refiriéndome a la vida. Una persona en tinieblas, puede leer la Biblia completa, y entender intelectualmente algunos pasajes, pero si no es tocado por el Señor, solo adquirirá algunas informaciones.

Juan escribió, que en Cristo está la vida, y que la vida es la luz de los hombres (**Juan 1:4**). Cuando recibimos la vida de Cristo, recibimos la Luz verdadera, lo cual implica que la vida espiritual nos permite ver, y cuando vemos entendemos. Al aprender un versículo de memoria,

capturamos la letra, y eso es bueno, pero solo cuando el Espíritu le da sustancia podemos acceder a la fe.

La fe no se basa en repetir un versículo como fundamento de un deseo; repetirlo no es vivificarlo. Sin embargo, cuando el Señor lo convierte en vida, ese versículo puede ser el fundamento de nuestra fe en determinado momento. En el Reino de Dios, todo funciona con vida; si no hay vida, no es del Reino. La fe no puede tener un peso legal por medio de un deseo, sino por causa de una Palabra vivificada por el mismo Señor.

Por ejemplo, no debemos tomar **Filipenses 4:13** y encarar cualquier desafío, diciendo: *“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”*. No debemos hacerlo, porque ese concepto viene de un texto bíblico, pero necesita ser vivificado para ostentar legalidad. Podemos ir a un río y tratar de caminar por sobre las aguas, repitiendo que todo lo podemos en Cristo, pero si Dios no nos envía, no vamos a poder hacerlo.

Si nos hundimos, podemos concluir que nos faltó fe para el milagro, pero la verdad es que si Dios no nos mandó a caminar sobre las aguas, no debemos hacerlo. Hacer algo en Cristo es haber sido enviados por Él, y movernos respaldados por Su perfecta voluntad. Es decir, si el Señor nos habla y nos envía a caminar sobre las aguas, seguramente lo podremos hacer, porque Su palabra, nos otorga legalidad para la fe, y si le creemos, simplemente nos funcionará.

No debemos hacer en Cristo, todo lo que se nos viene en gana, solo debemos hacer lo que Cristo determina, porque si bien Su Espíritu está en nosotros, es necesario que nosotros estemos en Él, y eso implica, caminar en Su perfecta voluntad, sin pretensiones de que Él camine en la nuestra.

Cuando Satanás llevó a Jesús a Jerusalén, le puso sobre el pináculo del templo diciéndole: ***“Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden, y en las manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra”*** (Lucas 4:10 y 11). Lo que hizo fue proyectar una idea personal, y tratar de involucrar a Jesús tomando la Palabra escrita (Salmos 91:11 y 12).

Jesús no dijo: *“Bueno, es verdad, la Biblia dice eso, tomo esa palabra para que me funcione...”* Si lo hubiera hecho, hubiese pecado, porque a pesar de un par de versículos utilizados como pretexto, la idea era simplemente diabólica. Jesús no estaba dispuesto a usar unos versículos involucrando al Padre, sino que ejecutaría la acción, solo si realmente el Padre se lo dijera, entonces dichos versículos respaldarían la acción, otorgando un marco de legalidad a los hechos.

De la misma manera, nosotros hoy, no debemos tomar versículos para respaldar ideas personales, antes bien, debemos buscar la voluntad de Dios, y entonces sí, estaremos actuando en fe. Hay hermanos que dicen tener fe, porque quieren algo y creen poder conseguirlo, lo cual está bien desde el entusiasmo, pero debemos ser claros que tienen fe,

solo si lo que desean, es voluntad de Dios; de lo contrario, apenas tienen un simple deseo.

La fe viene por el oír, no por tener deseos. Esto es un claro principio del Reino. Antes de recibir la vida de Cristo, no podíamos oír porque nuestros oídos estaban cerrados, y las tinieblas que nos envolvían nos impedían comprender, pero ahora tenemos la vida que es la luz, y no solo podemos oír, sino ver lo que Dios está deseando. La revelación es el resultado de velos que se corren para ver, y cuando eso ocurre, la fe se manifiesta.

¿Por qué entonces el autor a los hebreos dijo: Es la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve? Bueno, justamente porque de manera natural, no estamos viendo la voluntad de Dios concretada. Incluso nuestro intelecto es desafiado y todo puede parecerle una completa locura; sin embargo, nuestro espíritu, a través de la iluminación divina, logra ver y entender, por eso se activa lo que llamamos “fe”.

Esto nos lleva a un punto clave, si deseamos vivir por la fe, es necesario esperar que se active la revelación, porque la fe nunca opera desde la independencia de nuestros deseos, sino en la dependencia de la voluntad divina. Fe es sinónimo de dependencia, porque no puede haber fe, sin depender de la voluntad divina.

Lamentablemente, nos han enseñado a vincular la fe con nuestras necesidades. Si necesitamos algo, nos dicen que

debemos tener fe, y que si tenemos la fe suficiente, Dios nos otorgará lo que deseamos, pero la verdad es que no siempre es así. No hay duda que para Dios no hay nada imposible (**Lucas 1:37**), y que para los que creen, todo es posible (**Marcos 9:23**), pero en realidad, nada debemos procurar fuera de Su voluntad.

En una ocasión, un hermano me dijo: *“Pastor, Dios seguramente hará algo, porque Él sabe que hay una necesidad...”* Esta es una idea que muchos tienen, pero no es verdad, por eso el mundo está lleno de necesitados, y ciertamente muchos hermanos también padecen algunas necesidades. Dios no es como un bombero que reacciona obrando cuando ve un fuego; Dios obra cuando hay fe, y hay fe, cuando Él ha expresado Su voluntad, o la está generando en los corazones.

“Aconteció un día, que él estaba enseñando, y estaban sentados los fariseos y doctores de la ley, los cuales habían venido de todas las aldeas de Galilea, y de Judea y Jerusalén; y el poder del Señor estaba con él para sanar. Y sucedió que unos hombres que traían en un lecho a un hombre que estaba paralítico, procuraban llevarle adentro y ponerle delante de él. Pero no hallando cómo hacerlo a causa de la multitud, subieron encima de la casa, y por el tejado le bajaron con el lecho, poniéndole en medio, delante de Jesús. Al ver él la fe de ellos, le dijo: Hombre, tus pecados te son perdonados. Entonces los escribas y los fariseos comenzaron a cavilar, diciendo: ¿Quién es este que habla blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados

sino solo Dios? Jesús, entonces, conociendo los pensamientos de ellos, respondiendo, les dijo: ¿Qué caviláis en vuestros corazones?"

Lucas 5:17 al 22

Jesús estaba enseñando a los fariseos, a los doctores y los maestros de la ley, los cuales habían venido de todas las aldeas de Galilea, y de Judea y Jerusalén. No dice la Biblia cuantos eran, pero indudablemente eran varios practicantes del judaísmo. Lo que sí dice este pasaje, es que el poder de Dios, estaba presente para sanar a quienes tuvieran necesidad, y seguramente entre esos religiosos había algunos necesitados.

Luego, vemos que llegaron unas personas con una camilla, en la que llevaban a un hombre que no podía caminar. Querían poner al enfermo delante de Jesús, pero como no podían entrar en la casa porque en la entrada había mucha gente, subieron al techo y abrieron allí un agujero. Por ese agujero bajaron al enfermo en la camilla, hasta ponerlo delante de Jesús. Entonces Él liberó Su poder para sanar, por causa de ver la fe que tenían los amigos de ese hombre.

Sin embargo, los fariseos, los doctores y los maestros de la ley, así como los líderes espirituales que habían venido de todas las aldeas, cuestionaron a Jesús, por haber dicho al paralítico: ***“Tus pecados te son perdonados...”*** Los religiosos no fueron impactados por la extraordinaria sanidad que recibió ese pobre hombre, sino por las palabras que había

mencionado Jesús. Esa actitud dejó a las claras, por qué motivo, ningún otro presente recibió ningún milagro.

Sin duda, la fe, puede producir milagros, y la falta de fe los puede impedir. Sin embargo, detrás de todo se encuentra la voluntad de Dios. En los evangelios, vemos claramente que Jesús no sanó a todos los que vio, no liberó a todos los endemoniados, ni resucitó a todos los muertos, solo hizo los milagros que el Padre había determinado en Su perfecta voluntad.

Cuando Jesús fue a Nazaret, el pueblo donde se había criado, comenzó a enseñar en la sinagoga. La gente estaba tan sorprendida que algunos decían: ¿Dónde aprendió este hombre tantas cosas? O preguntaban: ¿Cómo puede hacer esos milagros? Otros decían: “Este Jesús, es el hijo de José, el carpintero, su madre es María, y sus hermanos y hermanas aún viven aquí. ¿Cómo puede hablar estas cosas?”

Todos se hacían preguntas, pero ninguno de los que estaban allí aceptaba sus enseñanzas. Evidentemente, las consideraban sabias, pero no las aceptaban, porque no creían en Él, por causa de reconocerlo como un vecino más. Entonces Jesús, sabiendo lo que había en sus corazones, les dijo: ***“No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su casa” (Mateo 13:57).***

La Biblia dice que por causa de que la gente no creía en Él, Jesús no hizo muchos milagros en aquel lugar (**Mateo 13:58**). No hay dudas, de que Jesús tenía la unción suficiente

para hacer milagros, y seguramente deseaba hacerlos al ver las necesidades en los vecinos del pueblo que lo vio crecer. Tal vez, sintió ese deseo, más que en ningún otro lugar; sin embargo, al no encontrar fe en la gente, no pudo realizarlos.

En el Reino, todo es otorgado por gracia, pero la legalidad para acceder a todo, solo es por medio de la fe. De hecho, siempre solemos decir que somos salvos por la fe, pero la Biblia dice otra cosa: ***“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Efesios 2:8)***. Aquí vemos que somos salvos por gracia, y que la fe, solo es el medio para acceder a ella.

Además, vemos que desde el momento en que el propósito de Dios está en marcha, la fe también es otorgada por Él. En **Romanos 12:3**, el apóstol Pablo escribió: ***“Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno”***.

Todas las personas tienen una fe natural, una fe que les hace creer que van a poder, que van a lograr, o que va a suceder determinada cosa. Incluso esa fe, les permite creer en personas, en el poder de los objetos, en ídolos, o en alguna religión pagana. Sin embargo, la fe que proviene de Dios, es una fe espiritual, es una fe que nos permite creer en la existencia de Dios, y creer en Sus Palabras. Es una fe verdadera, dinámica y capaz de fructificar (**Gálatas 5:22**).

Fe es dependencia, porque debe funcionar en la voluntad del Padre, y esa es nuestra autoridad, pero una vez que la autoridad es otorgada, necesitamos manifestar el poder de la fe, y eso lo hacemos con actitud y determinación. Si sabemos que Dios desea algo, debemos declararlo, y debemos actuar, porque la fe sin obras no producirá nada (**Santiago 2:17**).

Fe es dependencia. Si en verdad deseamos la manifestación del Reino en la tierra, debemos gestionar el evangelio del Reino, buscando en todo tiempo la dirección del Señor. El poder fluye cuando la autoridad lo establece. No podemos hacer todo lo que se nos ocurre y atribuirlo a la fe, lo que debemos hacer es buscar la voluntad de Dios, y entonces sí, hablar y hacer conforme a Su deseo.

“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”

Mateo 28:18 al 20

Después de la resurrección y antes de Su ascensión, Jesús dijo estas palabras a sus discípulos y a nosotros también. Toda autoridad en el cielo y en la tierra le fue dada a Él, y cuando la recibió dijo: ***“Por tanto, id...”***. Él desea que nos movamos en Su autoridad, y para que podamos hacerlo, nos ha otorgado Su Espíritu Santo.

El Señor espera que nosotros vayamos, y manifestemos aquello por lo cual Él pagó el precio. Nosotros debemos actuar en Su nombre, en Su lugar, y bajo Su autoridad, porque somos uno con Él (**1 Corintios 6:17**), en Él vivimos, nos movemos y somos (**Hechos 17:28**), y como escribió Juan: *“pues como Él es, así somos nosotros en este mundo”* (**1 Juan 4:17**).

Debemos avanzar en la vida, procurando manifestar el cielo en la tierra. Somos embajadores de Cristo (**2 Corintios 5:20**), somos canales de Dios, somos puertas para Él (**Salmo 24:7**), y cuando actuamos bajo Su autoridad, moviéndonos en la fe, nada puede detenernos. Jesús mismo lo dijo: *“He aquí os doy potestad... y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará”* (**Lucas 10:19**). Él nos asegura autoridad en Él, solo debemos procurar, en la íntima comunión con Su Espíritu, encontrar Su perfecta voluntad (**Romanos 8:14**), y actuar en el poder de la fe.

Este es nuestro tiempo. Ahora es el momento, no dentro de unos años. Los hijos de Dios, debemos levantarnos y caminar en el poder de la fe, y entonces, veremos el derramar de Su gracia como nunca antes. Solo la dependencia espiritual, es la que nos permitirá ser la Iglesia que Dios pretende para los últimos tiempos.

No será porque el Señor nos otorgará algo, sino porque nos ha otorgado todo en Cristo. Se nos debe revelar, que tal como Él mismo, actuó en dependencia a la voluntad del Padre, así debemos actuar nosotros. Entonces veremos la

autoridad, actuaremos conforme a ella, y obraremos con poder sobrenatural, manifestando el Reino de los cielos en la tierra.

La Fe no puede funcionar desde la independencia humana, porque solo funciona desde la legalidad del Reino. Debemos gestionarla en dependencia divina. No hay fe, si Dios no expresa Su voluntad, y Él no expresa Su voluntad, si primeramente no buscamos Su gobierno y Su justicia.

Sinceramente, estoy convencido de que este es el día que preparó el Señor para que podamos buscar Su Reino, y además, que determinemos depender exclusivamente de Él. ¿Ustedes también lo creen así?

“Más buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”.

Mateo 6:33



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

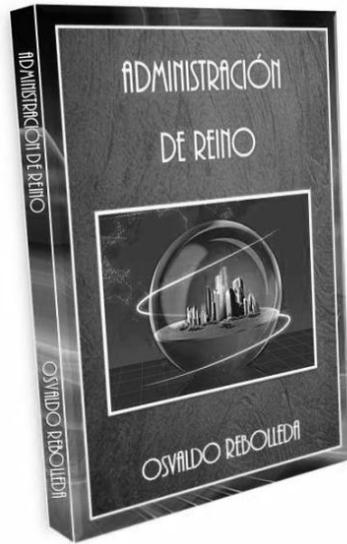
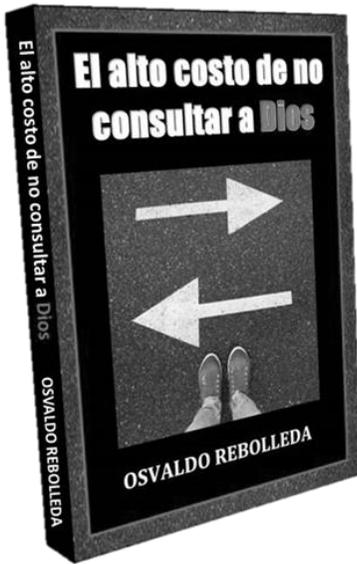
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

Y ministra de manera itinerante en Argentina

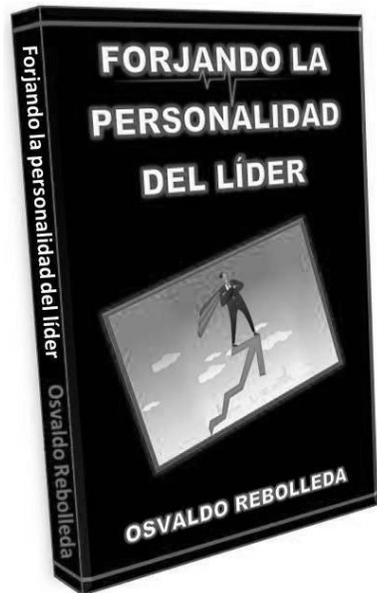
Y hasta lo último de la tierra.

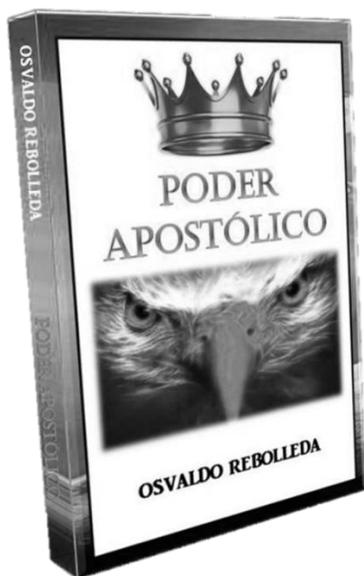
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com



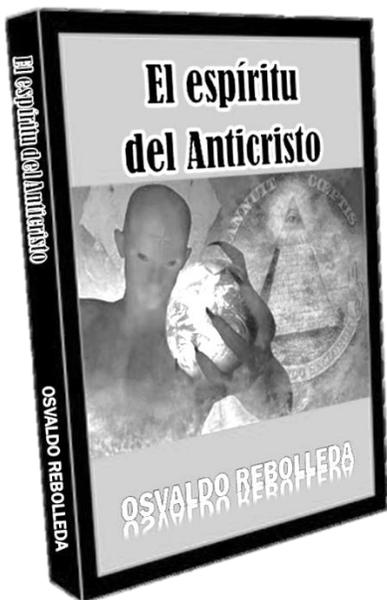
www.osvaldorebolleda.com



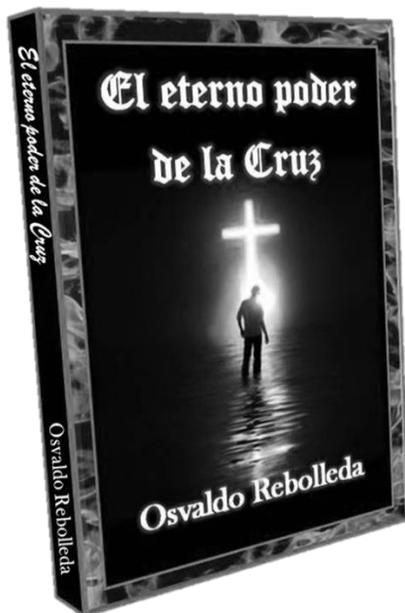
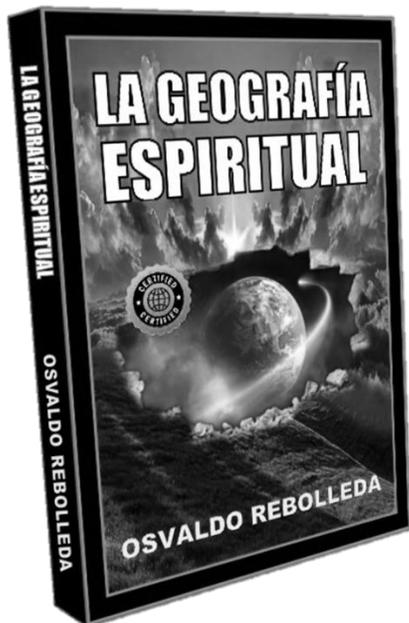


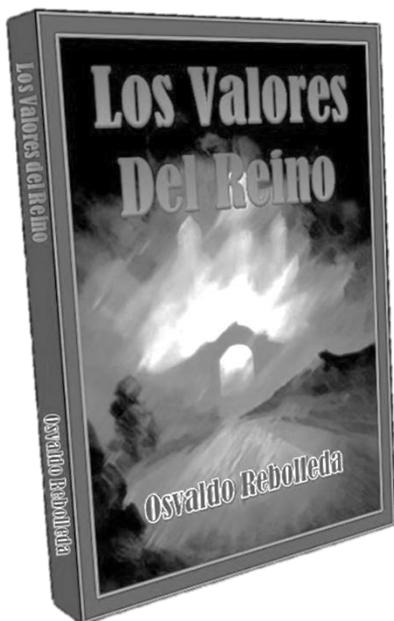
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

